

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. JUAN VELARDE FUERTES**



*IN MEMORIAM*  
**D. JUAN VELARDE FUERTES**



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
D. JUAN VELARDE FUERTES

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
MAYO DE 2023



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
Plaza de la Villa, 2  
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-407-5

Depósito legal: M-33789-2023



**D. JUAN VELARDE FUERTES**



# ÍNDICE

## *In Memoriam*

### D. JUAN VELARDE FUERTES

D. Benigno Pendás García: <i>Amigo Juan, Maestro Velarde</i>	9
D. Juan-Miguel Villar Mir: <i>Juan Velarde gran economista y gran amigo</i>	17
D. Ramón Tamames Gómez: <i>Juan Velarde, un universitario cabal</i>	25
D. Pedro Schwartz Girón: <i>Juan Velarde, historiador</i>	35
D. José Luis García Delgado: <i>Juan Velarde Fuertes: perfil desde la cercanía</i>	45
D. Marcelino Oreja Aguirre: <i>Juan Velarde un ejemplo de rigor y competencia</i>	55
D. Helio Carpintero Capell: <i>Juan Velarde, testigo de la transición</i>	63
D. Pedro Cerezo Galán: <i>In Memoriam de mi presidente don Juan Velarde</i>	73



D. Olegario González de Cardedal: <i>Teología y Universidad</i>	83
D. Alberto Dalla Vía: <i>El recuerdo de un Académico en Argentina</i>	95
D. Jaime Antúnez Aldunate: <i>Lo que puedo, te doy</i>	103
D. Fernán Altuve-Febres Lores: <i>Juan Velarde. Una semblanza desde Iberoamerica</i>	113
D. Pedro A. Palma: <i>Remembranza de un erudito</i>	125
Dña. Josefa Eugenia Fernández Arufe: <i>Juan Velarde, maestro y amigo</i>	137
D. Camilo León Fernández y Dña. Rocío Sánchez Lissen: <i>La pasión por saber de Juan Velarde y su legado en la Universidad de Sevilla</i>	145
D. Emilio de Diego García: <i>Juan Velarde el último humanista</i>	159
D. Juan R. Cuadrado Roura: <i>Juan Velarde. Un auténtico y excepcional maestro</i>	169

D. BENIGNO PENDÁS GARCÍA

*Amigo Juan, Maestro Velarde*



“Yo, como economista...” La voz potente del profesor y académico transmitía siempre sabiduría y rigor intelectual al servicio de sus profundas convicciones. Juan Velarde Fuertes (Salas, Asturias, 1927 – Madrid, 2023) falleció el pasado 3 de febrero a sus jóvenes noventa y tantos años, cuando muchos llegamos a pensar que ese lucuoso día no llegaría nunca. Desprendía esa bondad de corte socrático que permite asegurar —por fortuna— que los buenos somos más felices. Su mal genio característico dejaba paso a una reconciliación inmediata para olvidar rápidamente cualquier discrepancia. Fue siempre, eso sí, un pésimo conspirador. Ni una sola batalla ganó en su vida en el terreno donde triunfan los mediocres, de manera que el éxito y reconocimiento general le llegaron por aplastamiento. Era el mejor en lo suyo, y todos han tenido que admitirlo después de hacer todo lo posible por ignorarlo. La ciencia económica en España le debe una parte sustancial de su proceso de institucionalización. Hombre bueno y generoso, admiraba a sus maestros y hablaba de ellos con profundo respeto y veneración. Los orígenes en la posguerra de la Facultad de Políticas y Económicas en la Universidad de Madrid, donde se

licenció en la primera promoción, aparecen con frecuencia en su obra multifacética. Por fortuna, sus discípulos —muchos y muy notables— han aprendido la lección que dicta George Steiner: una sociedad que no sabe honrar a los mejores es una sociedad fallida.

Velarde era, ciertamente, un magnífico economista, pero también otras muchas cosas. Entre otras, un gran servidor del interés público, tal vez por ser asturiano de raíz, criado en la admiración a los Argüelles, Florez Estrada, Toreno, Canga Argüelles y, sobre todo, a la Universidad de Oviedo en su época dorada. También a Martínez Marina y, en particular, a Jovellanos. Mi última conversación con Juan tuvo lugar el mismo lunes de la semana de su muerte, en la sede de nuestra querida Academia de la que él era Presidente de Honor. Hablamos mucho de don Gaspar Melchor, el ilustre prócer gijonés, en quien se veía reflejado. También de Azorín, otra de sus referencias literarias. Nos despedimos hasta pocos días después, cuando tuvimos el honor de recibir al Rey Felipe VI en un acto brillante sobre la Corona británica en tiempos de Isabel II. Tenía una enorme ilusión por estar allí, como todos los martes durante su larga trayectoria académica, pues su discurso de ingreso lo pronunció ¡en 1978! No pudo ser, porque la fatalidad se interpuso en sus deseos y esperanzas. Recuerdo muy bien aquel discurso titulado *La larga contienda*

sobre la economía liberal. ¿Preludio del capitalismo o de la socialización?, al que respondió otro gran personaje asturiano, Valentín Andrés Álvarez, y al que asistí como joven estudiante deslumbrado por la sabiduría de los maestros.

Entre libros heredados y aportaciones propias, varios estantes de mi biblioteca personal contienen casi todas las obras de Velarde. No es fácil seleccionar a la hora de hacer algunas calas como tributo al amigo que nos ha dejado. Pero no me resisto a recordar aquella excelente *Política económica*, firmada conjuntamente con su gran amigo Enrique Fuentes Quintana, el otro gran referente para los economistas españoles, también Presidente de nuestra Corporación académica. Publicado por vez primera en 1964, conservo la undécima edición porque fue mi libro de texto en el entonces sexto de Bachillerato. Era un lujo para jóvenes alumnos, que algunos supieron aprovechar, según me consta. De otros discípulos guardo más bien el recuerdo —mezclado con las páginas amables del citado Azorín— sobre las jornadas escolares inacabables en las que el libro quedaba reducido a la cubierta, una hermosa reproducción de *El cambista y su mujer*, de Marinus, que conserva el Museo del Prado, y a la última página con el anagrama de la Editorial y una fórmula enigmática que me dio mucho que pensar: “la Polar es lo que importa”. Reproduzco un párrafo de la carta preliminar, encabe-

zada por un amistoso “Querido alumno”. Dice así: “Pocos (problemas) tan profundamente conmovedores como restañar las heridas causadas por la pobreza en la sociedad presente. Sin embargo, solo la inteligencia puede resolver estos temas: es la ciencia la que debe precisarnos la índole y causas de la pobreza, los medios posibles de acción práctica para evitarla. La Economía está así al servicio del fervor y afecto social”. Todo ello, añadían los autores, con el propósito de “chapuzar en el agua fría de la ciencia a delirantes cabezas juveniles españolas”. También aparecían allí divertidas caricaturas de los Smith, Ricardo, Malthus, Mill, Marx, Marshall y también de los precursores españoles.

Recupero ahora con gran afecto algunos recuerdos familiares. Mi querido padre guardaba con orgullo un recorte amarillento del viejo diario regional, con fecha indeterminada de los años treinta: “Los alumnos Benigno Pendás Díaz y Juan Velarde Fuertes han obtenido la más alta calificación en los exámenes celebrados en el Colegio Valdés, de Salas. Enhorabuena a los jóvenes escolares”. Las dos familias, en efecto, procedemos de aquella hermosa villa del Occidente asturiano bañada por el Nonaya, otro aprendizaje de río, ignorado por mapas y enciclopedias. Y desde allí se proyectó el aplicado estudiante a las más altas cumbres del mundo intelectual español. Velarde fue un gran Presidente de la Real

Academia de Ciencias Morales y Políticas, miembro distinguido del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado, doctor *honoris causa* por unas cuantas Universidades, Premio Príncipe de Asturias en 1992, Premio también de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en 2017, y muchos otros merecidos honores y distinciones. Desplegó sabiduría en todas partes donde se reclamaba su ciencia y su conciencia y mantuvo con firmeza las propias ideas, aceptando con lealtad lo que fuera mejor para España en cada momento.

Termino con una referencia a su obra más querida, comparable al Instituto asturiano de Náutica y Mineralogía que Jovellanos fundó en Gijón y que le causó tantas alegrías como disgustos. Velarde era consciente de que la élite intelectual debe mostrar cercanía a los ciudadanos interesados, porque el trato personal enriquece la condición humana y el cultivo de la ciencia. Ese ha sido y seguirá siendo el *espíritu* de los Cursos de La Granda, referencia académica del verano en Asturias, que cumple este año su edición número 45: ¡se dice pronto! Como Presidente actual, puedo anunciar que desde ahora una conferencia anual llevará el nombre de “Juan Velarde Fuertes”. Severo Ochoa, Francisco Grande Covián, Santiago Grisolía y tantos otros pasaron por las aulas repletas de gentes dispuestas a aprender los saberes, como decían las *Partidas* de Alfonso



el Sabio respecto de las Universidades. Allí fue feliz durante muchos años, junto con Alicia y sus hijos y nietos, lo más importante de su larga y fecunda vida. Descanse en paz nuestro maestro y amigo.

D. JUAN-MIGUEL VILLAR MIR

*Juan Velarde gran economista  
y gran amigo*



Excmo. Sr. Presidente de esta Real Academia.  
Excma. Sra. Viuda de Velarde y familiares.  
Excmos. Señores Académicos.  
Señoras y Señores todos.

Probablemente todos los Académicos que intervendremos en esta sesión Necrológica vamos a coincidir en destacar el muy importante valor del compañero fallecido Juan Velarde, como destacado economista y como Presidente de esta Real Academia.

Yo también comenzaré aludiendo a este aspecto. Pero el hecho de ser amigo de Juan Velarde desde hace 60 años, amistad que por tanto existió cuando todo lo que hoy vivimos contamos con 60 años menos de los que tenemos hoy, me llevará también muy brevemente, a presentar unas reflexiones sobre otros dos aspectos de su personalidad: Su espíritu de fácil amistad y colaboración, y su espíritu familiar y su valor como creador de una gran familia.

### **1.- Destacado Economista.**

La biografía de Juan Velarde es, como ya quedó indicado, admirada por todos, por la enorme

valía de sus aportaciones al conocimiento de la economía española, de la que son excelentes testimonios el gran número de sus publicaciones, básicas para cualquier radiografía de nuestra historia económica sobre los dos últimos siglos. Pero igualmente reconocida y admirada es su labor docente en la enseñanza universitaria donde ha formado a un excelente elenco de discípulos, que enseñan en gran parte de las Universidades.

El libro Homenaje que le dedicó la Universidad Complutense con motivo de su jubilación - en tres Volúmenes- es un excelente testimonio de la gratitud y afecto recibido de los muchos especialistas a los que ha formado. El propio título de la publicación, que revela la gran densidad de los conocimientos de Velarde, fue "Economía Española, Cultura y Sociedad" porque en efecto su sabiduría económica vino acompañada por una formación enciclopédica en historia política y social y cultural, incluyendo, como ejemplo, sus análisis sobre la economía en Cervantes, en Galdós o en Azorín.

Y si decisiva ha sido su labor formando profesorado, de igual magnitud ha sido su influencia docente entre los alumnos, pues Juan Velarde no solo ha sido un excelente profesor de Estructura Económica, sino que además su enorme capacidad pedagógicas y el permanente calor de su magisterio han llenado de pasión por la

economía a multitud de alumnos de Licenciatura, de Máster o de Doctorado.

Su gran capacidad profesoral se ha evidenciado también en una intensa actividad periodística. Desde el inicio de su vida profesional, ha ido trasladando a la prensa sus juicios sobre la evolución económica y las decisiones de los políticos; y siempre con una insobornable independencia, por lo que no le han faltado desaires y experiencias ingratas. Pero todo ello ha sido una muestra más de su compromiso ciudadano y una prueba de su permanente servicio al mejor futuro de España.

## **2.- Y paso a unos comentarios sobre su espíritu de amistad 'Y colaboración.**

En 1964, ya Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, con experiencia en trabajos en la empresa privada y como Subdirector General de Puertos, fui llamado por el entonces ministro de trabajo, Don Jesús Romeo Gorría, para que me incorporara al Ministerio de Trabajo, como Director General de Empleo, oferta que rechacé. Y como sucede en tantos avatares en la vida, en ese contexto conocí y fragüé la amistad con Juan Velarde.

El Ministro Jesús Romeo repitió su llamada un mes más tarde y me explicó que había seguido mi trayectoria, en la que proporcioné auto-

mía financiera a los Puertos Españoles, con el fin de generar competencia entre ellos, con criterios de Economía de Mercado. Y que era necesario aplicar a España en su conjunto criterios de mercado, creando alguna flexibilidad en el empleo y haciendo posibles los despidos justificados, para lo que ya acababa de crear un Fondo Nacional de Protección al Trabajo con el fin de disponer de la financiación necesaria para compensar a los trabajadores afectados por esa necesaria flexibilidad en el empleo.

Comprendí las ideas del Ministro Jesús Romeo, las acepté e inmediatamente me incorporé como Director General de Empleo, y con Juan Velarde tuve desde entonces una muy estrecha colaboración para implantar, como así lo hicimos, una nueva política de flexibilidad en el empleo en todos los casos de crisis y reconversiones de empresas, contra los criterios tradicionales del Cuerpo de la Inspección de Trabajo y de todos los empleados del Ministerio, que practicaban una política de mantenimiento incondicional de cada empleo; política emanada nada menos que del propio Jefe de Estado, Don Francisco Franco, como tuve ocasión de comprobar en diversas ocasiones posteriores.

Nunca podré olvidar la franca y decidida colaboración de Juan Velarde, compañero en las tareas de abrir nuevos frentes de flexibilidad en todos los casos de crisis y reconversiones de

empresas, desde Minas de Río Tinto a las empresas públicas, desde la Renfe a las industrias militares como, por ejemplo, la Empresa Nacional Santa Bárbara.

Y también recordaré siempre la política activa de flexibilidad en el empleo que Juan Velarde apoyó, con fricciones inevitables, con los otros cargos del Ministerio de Trabajo. Y también apoyó la disposición de efectivos del Fondo Nacional de Protección al Trabajo, del que también fui Secretario General; siempre frente al espíritu de rigurosa continuidad en el empleo, habitual en los otros Directivos del Ministerio de Trabajo incluyendo a:

- Alfredo Santos Blanco, economista algo más abierto y que luego fue Ministro de Trabajo con Franco.  
Rafael Cabello de Alba, número uno de su promoción de Abogados del Estado, expresidente de la Diputación de Córdoba, y luego Vicepresidente Económico del Gobierno en el último equipo de Francisco Franco.
- O Torcuato Fernández Miranda, uno de los últimos Ministros Secretario General del Movimiento. Presidente del Gobierno en funciones durante once días tras el asesinato de Carrero por ETA, y luego primer presidente de las Cortes y del Consejo del Reino con el Rey Don Juan Carlos I.



### ***3.- Espiritu Familiar.***

Y, como antes indiqué, también recordaré siempre entre las virtudes de Juan Velarde su permanente espíritu familiar, con el mejor amor y apoyo de su modélica esposa, la Excm. Sra. Doña Alicia Valiente, muy bella y que estudió Económicas en una de las primeras promociones con las que Juan comenzó a dar clases en la Facultad. Alicia fue capaz un día tras otro, sin una vacilación, de sacar adelante a todos sus hijos y de tomar a su cargo muy activamente la economía doméstica y también la contabilidad de todos los ingresos de nuestro compañero y Presidente de Honor Juan Velarde.

Por todo ello, y, termino, es obligado en este acto de recuerdo y de homenaje a toda la gigantesca labor de Juan Velarde, extender el homenaje a su maravillosa esposa Alicia, lo que hago con los mejores sentimientos de cariño, de admiración y de tristeza de que es capaz un ser humano.

D. RAMÓN TAMAMES GÓMEZ

*Juan Velarde, un universitario cabal*



Señor Presidente, señoras y señores,

Al recordar a nuestro compañero Juan Velarde Fuertes, que nos dejó hace bien poco tiempo, no puedo si no evocar una serie de momentos importantes de su vida, para él mismo y para todos nosotros.

Cuando cumplió los 80 años, tuve ocasión de hacerle una entrevista, buscando esos puntos de recuerdo de vida en que tantas cosas podían definirse. Y hoy me pareció bueno evocar aquí sus palabras sobre situaciones clave desde un enfoque muy personal.

En ese sentido, he seleccionado varias escenas mentales, del Prof. Velarde en sus 80 años, con mi admiración por el Maestro. Y con mi más profundo sentir por su ausencia inesperada, que a todos nos conmovió. Ahí van tales evocaciones, para incluirlas dentro del sentir de nuestra Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

***Pregunta (P):*** *En el tema de la vocación, ¿por qué elegiste estudiar la por entonces casi recién creada carrera de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales?*

**Respuesta (R):** No sentí ninguna de esas llamadas desde el fondo, de orígenes misteriosos y con íntimas sensaciones, he de confesarlo. Yo había terminado el bachillerato a principios del mes de junio del año 43, y no pude matricularme de inmediato para el Examen de Estado, porque había nacido un 26 de junio, y aún no había cumplido los 16. Así que iba a perder año, por el retraso de mi examen a septiembre, ya demasiado tarde para matricularme. Y en ese trance, me ocurrieron dos cosas. Primera, que se me fastidió el verano, porque hube de seguir preparando los programas del bachillerato para la reválida, hecho un lío, además, sobre lo que estudiaría al siguiente curso. Y fue en esa ocasión cuando intervino la magia de una actriz que me gustaba mucho, Jean Arthur..., la de la película “Buffalo Bill”, que hacía de Juanita Calamidad con Gary Cooper...

*P: Así que fue en el cine...*

**R:** Sí, en el cine Callao, para más señas. Allí me encontré con un amigo del bachillerato, del Instituto Ramiro de Maeztu, que me hizo la típica pregunta: “¿Qué vas a estudiar?”. Y al comentarle mis dificultades de que ya no podía matricularme y de que iba a perder año, me informó de que había una carrera nueva, Ciencias Económicas, y que su padre iba a matricularse en

ella, y que había tiempo de sobra porque los cursos no empezaban hasta enero. Era mi salvación, y naturalmente quise saber más: ¿Y eso para qué sirve, qué salidas tiene?... Bueno, ya se sabe... el caso es que convencí a la familia, de que podría ser una buena carrera, con matemáticas y letras a la vez.

*P: El cambio que presagiabais, comenzó en 1951-53, con toda una serie de atisbos: mejores cosechas, créditos del exterior, pactos con EE.UU. y el Vaticano... ¿Cómo fue la cosa?*

**R:** El 53 marcó el cambio. ¿Por qué? Pues muy sencillo, porque la base del proteccionismo no era otra que la neutralidad, desde la línea marcada por Antonio Cánovas del Castillo en el “Congreso de Geografía Colonial y Mercantil” de 1882, cuando vino a señalar que si España se insertaba económicamente en Europa, desaparecería. Por tanto, para Don Antonio, teníamos que ser neutrales y no vernos presionados por nadie para ir a un sistema más abierto. Y por ello mismo, el país necesitaba producir un poco de todo, aunque eso fuera a costa de la propia eficiencia del sistema, siempre arropado por un proteccionismo a ultranza.

*P: ¿Tanta importancia le das a la neutralidad?*

**R:** Sí, sí, y mucho que nos afectó, porque tardó tiempo en romperse... con un primer intento, en plena segunda guerra mundial, para que España combatiera al lado de Hitler. Pero esa opción quedó aplastada, entre otras muchas cosas, por la crítica terrible que del nuevo orden europeo hizo en la “Revista de Estudios Políticos” un técnico comercial más que avezado, José Piera Labra. Para él, entrar en guerra equivalía a convertirnos en una mera colonia del III Reich. Pero con todo, la salida de la neutralidad no llegó hasta 1953, cuando se decidió entrar en la guerra fría al lado de EE.UU. Así es como se llegó, en 1953, a los pactos Franco/Eisenhower.

*P: Luego viene el Plan de Estabilización en 1959, y de sus figuras políticas más destacadas, Ullastres, Navarro Rubio y Laureano López Rodó, ¿quién fue para ti el más significativo?*

**R:** Alberto Ullastres, sin duda. Era extraordinario, porque sabía bien lo que quería. Cuando yo le pregunté un día: “Pero bueno, ¿cómo os atrevisteis a meteros en el Plan de Estabilización con aquella balanza exterior tan absolutamente negativa?”. Y me contestó: “Había leído a fondo el libro de Perpiñá Grau y vi claramente que España no tenía ningún futuro de no abrirse al exterior, por muchos que fueran los riesgos. Así pues, esa era la carta que teníamos que jugar”.

En cambio, Mariano Navarro Rubio casi se fijaba sólo en la estabilidad presupuestaria y con eso se daba por satisfecho. En cuanto a Laureano López Rodó, era un administrativista que cuando se adentraba en economía no acababa de saber por dónde iba. Imitaba modelos franceses de planes indicativos, pero realmente eso acabó sirviendo para poco.

*P: El caso es que a partir del primer choque petrolero (1973) fue fácil ver que la planificación indicativa no serviría para nada. Se nos vino encima una crisis aterradora. Se desbarataron todas las previsiones, y se abrió una fase de incertidumbre que todavía estaba por cerrar cuando en 1977 llegó el cambio político a la democracia. Esa nueva mutación, Juan, ¿cómo incidió en la economía?, ¿fueron los Pactos de La Moncloa el mejor inicio de la nueva etapa?*

**R:** Antes de contestarte, me gustaría apreciar dos cosas diferentes. La primera, se refiere a la apertura económica que había empezado en 1959 y que había seguido con el acuerdo preferencial España/CE de 1970, impulsado también por Ullastres, ya como Embajador de España ante la CEE. Un tratado que nos introdujo en el ámbito comunitario europeo, que en 1972 se amplió con el Reino Unido, Irlanda y Dinamarca. Tú explicaste todo eso muy bien en tu tesis



doctoral sobre “Formación y desarrollo del Mercado Común Europeo”, evidenciando cómo a la luz del Informe Birkelbach, España no podía ingresar en el gran proyecto, con el que se buscaba, primero, la unión arancelaria, segundo, la económica y, tercero, la política. Y a España hasta 1977 le faltaba el elemento político, algo que en la lógica de la Historia, acabaría por llegar.

*P: Y el cambio político, ¿por qué se produjo sin tensiones insuperables? ¿Te acuerdas de la tesis de Vernon Walters cuando por encargo de Nixon se personó en El Pardo y Franco le dijo que la sucesión estaba asegurada “merced a una gran aliada”? ¿Cuál era?*

**R:** Las clases medias, que habían engrosado la sociedad española, y que en aquel momento, aunque fuera de otro modo, estaban pidiendo algo que se planteó por primera vez en la Revolución Francesa: la necesidad de una mayor libertad individual, un cambio político radical. Y eso es lo que finalmente se alcanzó en 1977.

*P: Y la parte más opulenta del régimen anterior ¿se adaptó?*

**R:** Se adaptó, y ya está. En aquel momento en medio de un gran maremagnum económico y social, el cambio se produjo a pesar de posiciones

bien contrarias. Recuerdo que en una publicación, el bueno de Nicolás Sartorius se refería todavía al asalto al palacio de invierno por el proletariado, etc. Pero en el conjunto de los economistas que estabais en los diversos partidos políticos, de izquierda a derecha, ya veáis las cosas de otro modo. Y con esas ideas se hicieron los Pactos de La Moncloa, con los Suárez, los Fuentes, los Fraga, los que estuvisteis para elaborarlos en octubre de 1977. Ignorar esa gran oportunidad, yo lo repito continuamente, habría sido un disparate. Y todo cambió.

*P: En tus juveniles 80 años, Juan, no voy a preguntarte cuántas conferencias dictas al año, cuántos artículos escribes, cuántos libros prologas, o cuántos produces tú mismo. ¿Qué recomiendas a los más jóvenes que están en la fase inicial de su vida activa como estudiosos de lo económico?*

**R:** A los jóvenes colegas les recomendaría que no abandonen nunca el mundo intelectual. Que trabajen en él, como haces tú de manera implacable y sistemática. Y a continuación de eso, pueden tener suerte. ¿Por qué digo esto? Porque la fisiología acaba mandando, y la patología es a veces algo horroroso. Estar fresco, sano, estar despierto es la gran suerte de la vida. Hombre, yo creo que la última cuestión puede ser la de pasaros todo eso a vosotros. Todo se

vendría abajo si de pronto los de la generación siguiente a la nuestra no nos sucedieran en nada. Sería el vacío... Pero ahí estáis vosotros ...

*P: En realidad, Juan, es la filogenia de la vida...  
¿No crees?*

D. PEDRO SCHWARTZ GIRÓN

*Juan Velarde, historiador*



Son múltiples las facetas de la personalidad y biografía de nuestro compañero de Academia don Juan Velarde, a quien hoy queremos recordar. Quizá una de sus características más apreciables es su capacidad de corregir su visión del mundo cuando a su juicio la evidencia le muestra su error. Hay que recordar que Fuentes Quintana y él iniciaron su vida pública como ‘falangistas ilustrados’, con una serie de artículos reformistas en el periódico *Arriba*, Ambos también escribieron un libro de texto de economía para estudiantes de bachillerato, ampliamente difundido durante el Régimen de Franco. Se caracterizan las dos producciones por el voluntarismo económico en busca del desarrollo del país, la que ambos calificaron más tarde como “economía castiza” y acabaron rechazando. Sin embargo, lo semilla de un respeto y comprensión del libre mercado estaba ahí, sobre todo en la visión de Velarde. Un factor de esta parcial transformación se encuentra en su incansable estudio de las obras de economistas nacionales y extranjeros, en especial de la historia del pensamiento económico español. Esta su evolución hacia la completa libertad económica que aún hoy debería completarse al morir. Pues la visión de una eco-

nomía libre sigue oscurecida por lo que ahora es el intervencionismo de la UE. (Véanse los fallos aún subsistentes en esa visión de Velarde en la conferencia “Democracia y Libertad”, CEU, Repositorio Institucional, 1986).

Conviene subrayar un elemento especial del cambio de Velarde: el estudio de la historia del pensamiento económico español. La historia del pensamiento económico puede enfocarse de dos maneras. Una es reformular el pensamiento de los autores del pasado con los instrumentos analíticos de hoy. Otra es colocar aquellos autores remotos en el contexto de su época, tanto por el contenido como por su influencia histórica. Fue Mark Blaug quien distinguió esos dos enfoques. los denominó la ‘reinterpretación racional’ y la ‘reconstrucción histórica’ de las doctrinas del pasado.

Pues bien, Velarde escribió mucha historia del pensamiento económico desde ambos puntos de vista, sobre todo en las ponencias de los martes de nuestra Academia.

No quiero dejar de lado el recuerdo del momento triste, pero hermoso y revelador, de su fallecimiento. El fin de su laboriosa vida le encontró en plena faena. Se había levantado de la mesa de trabajo para alcanzar un libro en la estantería de su biblioteca subiéndose a una de las peligrosas escaleritas que usamos los devotos de los escritos que coleccionamos. Se cayó y se

hizo un daño irreparable. Murió trabajando, como no podía menos de ser en la vida de tan incansable escritor.

Supo contribuir de forma muy notable al conocimiento del pensamiento económico español desde los dos puntos de vista de Blaug: el de las contribuciones científicas de nuestros economistas (que las hubo); y el de la debida colocación de esos economistas del pasado en la historiografía de nuestro país (que es muy necesaria).

Era un intelectual de curiosidad infinita y de ilusión incansable. Realizó una labor tanto analítica como histórica, exponiendo aquello en lo que los economistas del pasado erraron y acertaron, y señalando lo que influyeron en el discurrir de los hechos. Entendía que no se puede ser un economista teórico *à la page* sin escudriñar las aportaciones científicas de los economistas del pasado, ni hacer historia de España sin estudiar la influencia que ejercieron esos arbitristas y reformadores en la sociedad de su tiempo. Buscaba hacer historia para aprender, y hacer historia para entender.

Es casi imposible resumir la ingente labor histórica de don Juan Velarde. Me referiré sólo a algunas publicaciones que me han llamado la atención y así contribuir a la labor de futuros biógrafos de nuestro don Juan.

Como historiador financiero, escribió Velarde un interesante trabajo sobre el paso de Inda-



lecio Prieto por el Ministerio de Hacienda. Buscaba Prieto que el Banco de España se comportase como un verdadero banco central. No lo hacía el de España, aun en manos privadas, a pesar del notable peso que el Gobierno tenía en ese instituto tras la Ley Cambó de 1922. Prieto quería que los inesperados beneficios que el Banco de España había obtenido por la devaluación de la peseta por el pánico financiero tras la llegada de la II República se repartieran a medias con el Estado. En el contexto del enfrenamiento de Prieto con la banca privada, explica Velarde, se le hacía muy difícil imponer al banco emisor su concepto del papel de un verdadero banco central, Se fue envenenando la situación, y Azaña decidió trasladarle a Obras Públicas y sustituirle por Carner. Aquí tenemos la historia de las doctrinas económicas ayudando a explicar un difícil momento financiero del nuevo régimen.

Como ejemplo de historia del análisis económico quiero destacar el relato que hace Velarde en el año de (1996) de la labor del economista alemán Heinrich von Stackelberg como profesor en el Instituto de Estudios Políticos de 1945 a 1946. Velarde era uno de los jóvenes españoles que gozaron del privilegio de seguir los cursos del ilustre estudioso de la competencia imperfecta. Ese pequeño grupo de jóvenes se repartió el trabajo de traducir al español el manual de teoría económica del sabio alemán. No quiero dejar

de notar que el profesor Castañeda siguió con mucho aprovechamiento el análisis matemático y geométrico de esas clases, mientras que José Luis Sampedro, al que a la Stackelberg distinguía por encima de sus otros alumnos, acabó odiando la teoría económica y dedicándose a la novela. Velarde, justo antes de su fallecimiento, ha prestado decidido apoyo a la reedición de dicho manual y otras obras del teórico alemán, que están a punto de reaparecer en la colección de “Clásicos del pensamiento económico español” de esta Academia, con el título de *Principios de teoría económica* (1946, 2023). Así lo relata Velarde en *El Economista* (2019). Es una reedición que ha necesitado defensores porque un historiador ignaro la rechazaba alegando que Stackelberg había pertenecido a las SS cuando joven procedente de Rusia: pasaba por alto que luego, ya catedrático, se unió al grupo que atentó contra la vida del *Führer* en 1944.

La relación de D. Juan Velarde con colección de *Clásicos* ha sido fundamental. Durante años y hasta su fallecimiento, Velarde presidió el comité científico, una contribución impagable al que, si se me permite decirlo, es el proyecto estrella de nuestra Academia. La colección la inició el profesor Fuentes Quitana ¡y ya va por el número 39 de los economistas reeditados! Contribuyó así Velarde a apartar de nuestra profesión la inclinación a considerar que el conoci-

miento de los economistas pasados no aporta nada. Nosotros los historiadores de la Academia, con Velarde a la cabeza, sí que sabemos que, sin conocer lo que decían los autores antiguos, cada uno por su lado, cada uno de su sitio, malentenderemos la historia de España.

Otro campo de fructífera colaboración de Velarde con Fuentes Quintana fue la gran obra *Economía y economistas españoles. Una introducción al pensamiento económico* (1999), en ocho volúmenes y dirigida por el propio Fuentes. Juan Velarde escribió numerosos artículos de esta obra colectiva, sobre todo de autores que llevaba decenios estudiando, como son dos destacados analistas económicos: Figuerola en los setenta del siglo XIX y Flores de Lemus en el primer cuarto del siglo XX.

Como historiador que soy quiero por fin destacar una obra publicada por Velarde en Ediciones Encuentro en el año de 2009, ayer como quien dice. Se titula *Cien años de economía española. De Fernández Villaverde a Aznar-Rato*. Es una historia en prosa que yo recomendaría a un extranjero que quisiera ponerse al tanto de los vaivenes de la notable modernización de nuestra economía – mientras la complete y corrija con los trabajos estadísticos de Prados de la Escosura. Recorre Velarde el pensamiento y política económica de Cánovas y demás de protectionistas y nacionalistas económicos, comen-

zando por el mismo Cánovas y llegando hasta el desarrollismo de Primo de Rivera y Calvo Sotelo. También destaca el giro hacia la política social, tanto de liberales como de conservadores en los años anteriores a la I GM. Luego sobreviene el mal sueño de la Guerra Civil y del primer Franco, seguido de la lenta apertura de con la Estabilización y el Pacto de la Moncloa. El libro culmina con la adhesión a la Unión Europea. No puede hablarse de Velarde sin mencionar este ambicioso recorrido histórico, con sus pequeñas limitaciones.

Rindo pues homenaje a este erudito historiador del pensamiento económico, a este notable cultivador de la historia de España, a este gran protector de nuestra Colección. Fue mi gran amigo y protector. Siempre me trató con cariño y me brindó muy necesario apoyo, tanto personal como científico. Aunque nos parecía eterno porque seguía escribiendo sin descanso, nos va a faltar mucho. Siempre estará entre nosotros por todo lo que nos ha dejado como economista e historiador.



D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO

*Juan Velarde Fuertes:  
perfil desde la cercanía*



Presidente,  
Sras. y Sres. Académicos,  
Familia,  
Sras. y Sres.

En actos como este, importa mucho encontrar en tono adecuado; permanece el duelo, pero también el deseo de rendir homenaje, y un buen homenaje nunca es triste (y a quien hoy se lo dedicamos era ciertamente de poco lloro). Lo digo, en todo caso, como declaración de intenciones: además de subrayar las líneas de actividad en que más ha destacado Juan Velarde, quiero ofrecerles el testimonio de algunas vivencias gozosas que he compartido con quien ha sido un hombre cuyo dibujo se escapa al trazo grueso. Fui alumno suyo en el curso académico de 1962-63, y sesenta años de colaboración y de mayor o menor cercanía brindan muchas oportunidades de coincidencia.

\* \* \*

Aludiré primero a los diversos planos del quehacer de Juan Velarde como profesional de la economía, expresando a mi manera lo que repetidamente esta tarde se repetirá.



Juan Velarde (Salas, Asturias, 1927) pertenece a la primera promoción de economistas de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad de Madrid, cuyas puertas se abrieron en febrero de 1944. Su obra expresa perfectamente lo mucho que la sociedad española de nuestro tiempo debe a un esforzado grupo de profesionales de la economía —con Enrique Fuentes Quintana como mascarón de proa—, cuyos derroteros biográficos coinciden en el tiempo con los que en el campo de la creación literaria componen la generación del 50. Una excelente hornada generacional con muy destacadas contribuciones en tres frentes: en el académico, consolidando los estudios de Economía en nuestra geografía universitaria; en el social, ganando con su trabajo credibilidad para una nueva profesión, y en el político, finalmente, influyendo en el rumbo que la política económica española va a adoptar a partir del final del decenio de 1950 y en una mayor racionalidad económica en la administración de los recursos públicos. En esos tres planos la actividad desplegada por Juan Velarde es sobresaliente.

En el académico, desde luego. Maestro de universitarios; un magisterio proyectado tanto en la docencia como en la investigación. Como docente, ha explicado economía española a más de sesenta promociones de estudiantes y ha enseñado a enseñar a docenas de profesores. Y si

extensa es su labor docente, tanto o más lo es su tarea como investigador y divulgador. Impresiona, ciertamente, la relación de sus libros, artículos y notas de carácter científico, con varios centenares de títulos sobre economía española, sobre economía internacional y sobre pensamiento económico. Abruma, asimismo, la extensión que adquiere la tarea de Velarde como divulgador, sin rehuir ninguna oportunidad, ya se trate de tribunas de conferencias, ya de páginas de periódico, manteniendo activa presencia durante más de siete decenios en los medios de comunicación y contándose por miles los artículos que ha desperdigado en publicaciones de todo tipo, dando cuenta de sus lecturas y enjuiciando hechos descollantes de cada momento.

A unos y otros trabajos —los de carácter científico, los de tono divulgativo— les ha sabido imprimir un estilo propio de corte barojiano (el estilo es poner una cosa detrás de otra, declaró barojianamente don Pío). Un tratamiento de los temas que nunca desprecia el detalle, fruto de un proceder muy impresionista, siempre atento al dato nuevo, más proclive a añadir que a sistematizar y que no olvida desarrollos colaterales del cuerpo central estudiado. De modo que el conjunto de su casi inabarcable obra acaba componiendo un abigarrado mosaico, como corresponde a una pluralidad inusual de conocimientos, de alcance enciclopédico, que sólo puede nutrirse

en la voraz capacidad de lectura e indagación científica del “entomólogo de la Economía” —como se le ha designado alguna vez— que ha sido Juan Velarde. Él mismo ha ido dejando registro diario de búsquedas y encuentros en sus ya legendarias “Libretillas”, solo muy parcialmente publicadas; anotaciones hechas al final de cada jornada componiendo una suerte de diario “máximo” (el extremo opuesto al *Diario mínimo* de Umberto Eco).

Una nota más aún. Hay en Juan Velarde, y lo ha habido durante más de medio siglo de servicio —desde la Inspección de Trabajo, en los primeros años cincuenta, al Tribunal de Cuentas medio siglo después—, un funcionario público convencido de la utilidad social de la función pública, dedicándole una parte sustancial de su tiempo y de su talento, con el sentido del deber y de la honradez que él tanto ha sabido admirar en el puñado de hombres que hicieron del Instituto de Reformas Sociales una creación ejemplar en la España liberal de comienzos del siglo XX; no en vano, fue Juan Velarde durante muchos años quien, desde el Ministerio de Trabajo, más facilitó la utilización —puedo decirlo como beneficiario— de los magníficos fondos bibliográficos, documentales y estadísticos que el Instituto acumuló. Algo que es oportuno recordar en nuestros días, cuando la calidad institucional es manifiestamente mejorable.

Paso ahora a contarles algunos momentos peculiares que he compartido con Juan Velarde. Quizá ayuden a adentrarse algo más en una personalidad poco simple. Escojo tres de los que guardo buena memoria.

El primero tiene fecha que ya es historia: el 29 de enero de 1981. Un grupo de amigos habíamos constituido en Oviedo el año anterior la Cofradía de la Buena Mesa Asturiana, a la que se sumó sin demora Juan Velarde, afanándonos en hacer bien los deberes correspondientes una vez al mes en el restaurante seleccionado para la ocasión. Aquel día de aquel año, la copiosa comida se nos ofreció en Boo, un pequeño enclave en el centro de la cuenca minera. Como al abundante yantar le siguió una larga sobremesa amenizada con la recitación de poemas inéditos de Emilio Alarcos, que oficiaba de cofrade-presidente, el regreso a Oviedo se demoró hasta bien entrada la tarde. Quienes acompañábamos a Velarde —entre otros Juan Cueto, Juan Luis Rodríguez-Vigil y yo mismo—, le propusimos tomar juntos un café de despedida, y entramos para ello en una cafetería de la calle División Azul (ahora Real Oviedo). Nos dirigimos a la única mesa que estaba libre, muy cerca del televisor; eran las 19:40 hs. No nos habíamos sentado todavía cuando el programa de TVE se interrumpió abruptamente para dar paso a la comparecencia de Adolfo Suárez, haciendo pública

su dimisión como Presidente del Gobierno y de UCD. Allí fue, en efecto dónde y cómo nos enteramos de tan trascendente decisión: en una cafetería y en plena digestión. Hay momentos estelares, no solo de la humanidad, también de la pequeña historia, que a uno le pillan a contrapié.

Otro recuerdo que conservo muy bien es el de ver junto a Juan Velarde en sesión nocturna especial esa estupenda película de Howard Hawks que es *Tener o no tener* (en cuyo guion, por cierto, a partir de un relato de Hemingway, intervino el mismísimo Faulkner en sus alimenticios trabajos para la industria de Hollywood). Como en el grupo de amigos antes citado estaba también el administrador de las salas de cine de Oviedo (Enrique García), aprovechábamos de vez en cuando alguna disponible para nuestro particular disfrute como cinéfilos, escogiendo película y en sesión muy nocturna (esto es, después de terminado propiamente el último pase de la programación habitual). Juan Velarde se sumaba cuando se lo permitían sus viajes a la capital asturiana. Solíamos después prolongar el encuentro cambiando impresiones sobre lo visto; y la noche de *Tener o no tener*, Velarde se extendió en comentar casi escena a escena. Como buen conocedor del cine clásico americano, relacionaba esa película con otros títulos, y contextualizaba pormenorizadamente la historia que en ella se narraba; Ignacio Gracia, otro cinéfilo y

tan excelente escritor como narrador oral, añadía matices y los demás punteábamos este o aquel lance. El caso es que el tiempo transcurrió más deprisa de lo que pensábamos, y algunos acabamos la noche con los churros madrugadores de “La Tropical”, a la espalda del teatro Cam-poamor. Juan Velarde no era, con seguridad, el primero al que le vencía el sueño.

Para terminar otra escena bien recordada, situada más lejos, en la plaza de Garibaldi de la Ciudad de México. Después de un seminario de trabajo, los profesores españoles que en él habíamos participado, con Juan Velarde a la cabeza, aceptamos la invitación del Consejero de Trabajo de la Embajada de España para conocer alguna de las cantinas ubicadas en ese afamado lugar céntrico del entonces Distrito Federal. La veterania de Velarde en el cuerpo de Inspectores de Trabajo y su reconocida labor en el ministerio correspondiente motivó, sin duda, la obsequiosa propuesta del aún reciente consejero. Y allí nos encontramos cuando la tarde declinaba. Pronto, tequilas mediante, todos coreábamos las rancheras que los mariachis de turno nos dedicaban. Después de la tercera o la cuarta, le llegó el turno a “Cielito Lindo”: fue entonces cuando Juan Velarde se arrancó y, con buena voz, fue desgranando una a una las estrofas y el estribillo de esa hermosa canción de amor. A todos nos sorprendió, pero al que más —ya lo adivinan— al joven

consejero, sin dar crédito a esa inesperada face-  
ta de quien hasta entonces había tratado con res-  
peto poco menos que reverencial. Guardo testi-  
monio gráfico de tan singular ocasión.

\* \* \*

Ya ven. En la larga y aprovechada vida de  
Juan Velarde no todo iba a ser Flores de Lemus,  
la decadencia económica de España o las nece-  
sarias y recurrentes reformas estructurales. He  
compartido con él muchos empeños intelectua-  
les pero también situaciones bien placenteras. El  
acometió unos y otras con resolución y ánimo  
admirables. Con la resolución y el ánimo que no  
le habrán faltado para adentrarse ahora en la  
noche sin mañana.

D. MARCELINO OREJA AGUIRRE

*Juan Velarde un ejemplo de rigor  
y competencia*





Conocí al Profesor Velarde hace más de sesenta años, a través de mi maestro Fernando Castiella, que me presentó a él en el difícil momento de la independencia de Guinea Ecuatorial.

Desde entonces fue para mí un ejemplo de rigor y competencia, junto a un espíritu amable, cordial, abierto al diálogo y a la colaboración con los demás.

Asturiano de pro, nacido en Salas en 1927, ya desde niño se aficionó a la lectura y en plena Revolución del 34, para mí de tan dolorosa memoria, escondido en un rincón de su casa pudo leer el único libro que tenía a su alcance: un ejemplar del Quijote en una bella edición de 1905.

Cursó el Bachillerato sucesivamente en los Institutos de Luarca, de Oviedo y en el Ramiro de Maeztu de Madrid, concluyendo la Reválida con Premio Extraordinario.

Se matriculó en la Sección de Economía de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y concluyó la licenciatura en la primera promoción de esta Carrera.

Ingresó en la Sección de Estadística del Consejo Superior Bancario y simultáneamente fue nombrado Ayudante en la Cátedra de Estructura Económica.

Tras ganar con el número uno la oposición a Inspector de Previsión Social del Ministerio de Trabajo preparó su tesis sobre el papel de Flores de Lemus en la Economía española que mereció Premio Extraordinario.

Poco después ganó la Cátedra de Estructura Económica en la Universidad de Barcelona y más adelante en la Complutense de Madrid.

A lo largo de aquellos años comprendió la necesidad de vincular los datos de la economía con el resto de noticias que llegaban desde el ámbito de las Humanidades.

Trabajó en temas de historia, de sociología, de literatura y encontró que, al hacerlo, ampliaba la comprensión de fenómenos que la economía, la estadística y las matemáticas precisaban de manera obligada.

El Profesor Velarde llevó también a cabo investigaciones y prácticas en el área humanística con trabajos sobre Maeztu, Ortega, Unamuno, el krausismo, la Iglesia católica, además de estudiar a fondo cuestiones relacionadas con las Instituciones de reforma social y con las derivadas del mundo proteccionista.

Su papel en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desde su ingreso en 1978 fue incesante.

Debemos reconocer el impulso admirable que dio a la Corporación, llevando a cabo su apertura a la sociedad a través de la página web

que reproduce sus intervenciones sobre los temas más variados de las diversas secciones de la Institución.

Entre sus intervenciones mencionaré “Los debates económicos derivados de los mensajes de la Iglesia”, “La ética de las finanzas”, “Problemas básicos del futuro de la economía española” y “La influencia del krausismo en la política económica española”.

Y debo mencionar también el ciclo de conferencias sobre “La cuestión catalana” que a iniciativa suya se celebró en la Academia el año 2015.

Entre ellas debo destacar la correspondiente al título: “Cataluña, de la economía a la política”

Participó también en los Cursos en la Universidad Menéndez Pelayo y fue Rector de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida y dirigió los Cursos de La Granda.

En su búsqueda de complementos humanísticos participó activamente como socio y Presidente de la Real Sociedad Geográfica y Vicepresidente de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.

Entre sus muchos trabajos de investigación mencionaré “La decadencia económica de España” de 1951, la “Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX”, “Cien años de economía española” publicada en 2009, “La evolución desde una economía castiza

a una globalizada: sus consecuencias para los planteamientos defensivos españoles”, “La Seguridad Social española en 1900 y en el año 2000.

Paso por alto infinidad de trabajos sobre estadística, Tribunal de Cuentas, pensamiento político en relación con la economía, Alcalá Zamora y los mitos de la Segunda República, y me detengo aquí ya que son tan numerosas las publicaciones que harían interminable su exposición.

También fue constante su colaboración en la prensa diaria. Recuerdo sus artículos en el diario *Ya* de abril del 79 a diciembre del 86, sus trabajos en *El Economista*, en el semanario *Época*, en el diario *ABC* y en *La Razón*, donde escribía artículos de gran interés que merecían una atenta lectura.

Entre las numerosas distinciones recibidas por el Profesor Velarde a lo largo de los años mencionaré: el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1999, el Jaime I de Economía en 1996, el Infanta Cristina de Castilla y León en 1997, el Villa de Madrid de Economía en 2010, y el Julián Marías en 2011.

Entre los muy diversos cargos que ocupó a lo largo de su vida recordaré su designación como miembro del Consejo de Universidades, Consejero del Tribunal de Cuentas y miembro del Consejo de Estado.

Fue distinguido también como *Doctor Honoris Causa* por las Universidades de Oviedo, Sevilla,

Pontificia de Comillas, Alicante, Valladolid, Francisco de Vitoria, Universidad Nacional a Distancia, Católica de Valencia y Rey Juan Carlos.

He tratado de resumir algunos de los rasgos de tan ilustre personalidad, que participó en los principales cambios que en su proceso de desarrollo experimentó España desde finales de los años 50.

Enrique Fuentes Quintana, había vaticinado de Juan Velarde, ya a finales de los 40, que “pronto se ganaría la simpatía de sus compañeros por la juventud de su apariencia, la cordialidad de sus gestos y trato, y la erudición y extensión sorprendente de sus conocimientos”.

Fue siempre una personalidad bondadosa y desprendida, no exenta de vigor y energía cuando la ocasión lo requería. Se insertaba en una larga tradición de corte liberal que se extiende desde Jovellanos a Valentín Andrés Álvarez, dos figuras clave en esa evolución intelectual.

A mí me impresionó siempre, junto a su vasta cultura y el rigor de sus observaciones y comentarios, su sincera y profunda humildad como pusieron de relieve Mikel Buesa y Thomas Baumert en su libro que contiene unas interesantísimas conversaciones con el profesor.

Y a ello añadiría su profunda religiosidad. Creyó en el Dios que aun tras el muro de la muerte da comienzo al futuro.

Para concluir debo mencionar a la persona que sin duda más influyó en su vida y en buena parte de su obra.

Me viene a la memoria un pensamiento de Saint-Exupéry en “El pequeño príncipe” que decía que las estrellas son bellas porque tienen detrás una flor que no se ve.

Pienso así en una excepcional persona, brillante e inteligente, que con total discreción siempre acompañaba y asistía a Juan Velarde.

Me refiero naturalmente a Alicia, su encantadora esposa, a la que acompañé de todo corazón en su dolor.

Y termino evocando uno de los lemas que el profesor Velarde tantas veces nos dijo que trató de seguir en su vida.

Que lo único importante “es vivir con plenitud cada minuto y para ello es preciso buscar incansablemente lo mejor”.

Descanse en paz este querido y admirado compañero cuyo recuerdo permanecerá siempre vivo entre nosotros.

**D. HELIO CARPINTERO CAPELL**

*Juan Velarde, testigo de la transición*





Se nos ha ido para siempre uno de los grandes intelectuales con que contábamos, el profesor y académico Juan Velarde Fuertes,

Nacido en 1927, ha estado en esta Casa desde 1978, casi medio siglo, —el tiempo que llevamos gobernados por la Constitución vigente que fundamenta nuestra vida colectiva—. Desde su juventud vivió atento a la realidad histórica que le tocó vivir. “Me convertí —ha escrito— en observador cuidadoso, y no en simple espectador curioso, de lo que sucedía en la economía española... Así fue como comencé a dar testimonio de lo que sucedía” (Velarde, 1999-2000, 201).

Desde esa conjunción de la economía con la historia se esforzó por comprender la vida colectiva. Hizo suya la tesis de Schumpeter: “Nadie puede tener la esperanza ... de entender los fenómenos económicos ... si no ... tiene un *sentido* histórico suficiente” (Velarde, 2002, 5).

Su ausencia se va a dejar sentir en muchos órdenes de la vida y la cultura. Y quizá una de sus más interesantes contribuciones para la sociedad actual sea aquella “memoria histórica” suya relativa a los tiempos de la transición a la democracia, un tiempo en que, como dijo Julián Marías, se ‘devolvió España a los españoles’

(Marías, 1977), haciéndoles de nuevo dueños de su destino.

Hay hoy muchas declaraciones en nuestro entorno que pretenden hacernos creer que aquel proceso no fue una apertura, sino un cierre; no fue “una correlación de fuerzas sino una correlación de debilidades”; y hay quienes proponen y ofrecen “abrir el candado del 78” para cambiar el país.

Son importantes, pues, aquellas voces que recuerdan y precisan esos hechos de la reciente historia. Una de esas voces ha sido, o mejor, es la de Juan Velarde.

En 1976, estaba en la plenitud de su vida, al borde de cumplir los cincuenta años. En su entorno estaba teniendo lugar el proceso de la Transición democrática. Acababa de fallecer el anterior jefe de estado. Muchos se preguntaban: ¿qué va a pasar? Otros preferían decir, ¿qué vamos a hacer? Velarde era sin duda de estos últimos.

Amplias minorías pensaban que no cabía ir de nuevo a una ruptura —como recordó aquí en su día Rodolfo Martín Villa— (Martín Villa, 2013, 37). En diciembre de 1976 el 94% del país aprobó el referéndum para la Reforma Política, que ponía en marcha el cambio.

Ahora bien, tanto Velarde, como su amigo fraterno Enrique Fuentes Quintana, y otros muchos espíritus abiertos y comprensivos, sabían

que por esos mismos días estábamos inmersos en un tremendo ‘dominio económico y social’ donde las fichas podrían irse empujando hasta un derrumbe final.

El país se enfrentaba a una profunda y compleja crisis no sólo política, sino económica, energética, industrial, y bancaria... Velarde recuerda que mientras en 1975 había habido 855 huelgas, al año siguiente su número creció hasta las 1.470; y si las primeras afectaron a unos 50.000 trabajadores, las segundas lo hicieron a unas 350.000 personas (Velarde, 2019, 268).

Aquella situación hizo que los economistas y otros técnicos sociales, y no sólo los políticos, se sintieran llamados a enfrentar la situación.

En medio de la muy amplia colección de escritos del profesor Velarde, hay uno singular que ha titulado “*Economía y sociedad de la transición. 17 octubre 1976 a 17 octubre 1977*”. Recoge en él el contenido de unas “libretillas”, como gusta él de llamarlas, donde, “sin decidirlo previamente, he historiado de modo parcial un año de la vida de mi Patria” (Velarde, 1978, xi). El volumen tiene 857 páginas, más índices.

Al día siguiente de las elecciones de junio de 1977, que confirmaron el liderazgo de Adolfo Suárez y de la UCD, escribe: “tenemos ante nosotros, desde el punto de vista económico, la segunda oportunidad del presidente Suárez, para acometer la reforma económica” (Velarde, 1978,

504). Y entiende que lo que tenía por delante era un proceso que podía y debía conducir hacia una democracia política y a una “economía social de mercado”, de carácter liberal, que fomentara un estado de bienestar para el conjunto de la sociedad (Velarde, 2019).

Velarde veía que el acceso a la libertad y al ejercicio de la democracia podrían resultar facilitados por aquella enorme crisis que la precedió. Su amigo el profesor Fuentes Quintana, también vió así la coyuntura: “O realizábamos las reformas (económicas) o la Constitución podía quedar en entredicho”. Y su conclusión fue sencilla: “Lo fundamental era llegar a la Constitución, y esto necesitaba el pacto” (Fuentes, 2010, 210).

Fuentes logró el necesario consenso de expertos de todos los partidos políticos, que condujo a la firma de los Pactos de la Moncloa el 25 de octubre de 1977. En este proceso de resolución de la crisis, Juan Velarde fue sin duda una ayuda precisa y oportuna para el amigo y colega que llevaba el timón en sus manos. Y no pasará aquí por alto ese otro protagonismo activo que también tuvieron algunas otras personalidades de esta Academia, como Ramón Tamames y Julio Segura, a los que menciono también aquí con gratitud.

Velarde veía en aquel acuerdo la base técnica y social que lo había posibilitado. Aquel acuerdo, dirá: “... creo que fue una demostración del peso

de los economistas. Porque el Pacto de la Moncloa, sin los economistas, no hubiera podido salir adelante” (Buesa y Baumert, 2016, 118).

También confiesa que hubo allí “multitud de cosas que muchas de ellas ni se hicieron caso, ni se volvieron a ver” (Buesa... 2016, 121). Pero, no obstante, también ha visto el sentido profundo de aquel capítulo de historia política y económica: “una de las grandes medidas que se han adoptado en España en el terreno de la política económica”. Y añade: “Realmente hubiera sido sobrecolector para ésta —y ... para toda la sociedad— que en aquel momento no se hubiese acordado lo que se acordó allí” (Velarde, 1982, 161).

Quienes hoy gustan de suponer que pudiera no haber habido transición, sino pura continuidad del régimen anterior hasta 1982, ignoran todo el complejo proceso económico, social y político que estuvo a la base de aquella restauración de la libertad y la democracia. Y con ello demuestran carecer de memoria y de sentido históricos.

\* \* \*

Algunos años después de aquel pacto, Velarde revisaría los logros anteriores y se reflejaría en sus palabras una cierta preocupación y melancolía.

Fuentes se había retirado de la escena política, en el país faltaba una política económica suficiente, aparecía la inflación, subía el paro, faltaba

control del gasto... En este momento —en 1981— también volvía a preguntarse por el futuro, ante las dudas entre una posible entrada en Europa o un posible retorno a la marginación. El testigo de nuestra historia continuaba manteniendo en alerta todos sus sentidos. Y percibió el nuevo acierto representado por el proceso de incorporación a la Unión Europea, otra gran medida positiva.

\* \* \*

Ha pasado el tiempo. Ha habido importantes cambios en la Corona, en los gobiernos, en los partidos políticos, en el país. Nuestro testigo de esos tiempos recientes acaba de dejarnos para siempre.

En ciertas cabezas parece que se ha vuelto a instalar la niebla. Por ello es importante el testimonio de personas como Juan Velarde, apasionado por su país, por la economía y por la historia, que vivió con pasión la recuperación de la democracia y su retorno a la historia y la vida españolas contemporáneas.

Deberíamos ir pensando en recobrar aquellas “libretillas” tuyas que aún no hayan visto la luz. Podrían iluminar unos tiempos que parecen volver a necesitar nueva claridad. Su saber, su actitud y su talante siguen siéndonos todavía necesarios.

## Referencias

BUESA, M Y BAUMERT, T., (2016) *Juan Velarde. Testigo del gran cambio. Conversaciones con*. Ediciones Encuentro.

FUENTES QUINTANA, E. (1982) *Economía y política en la transición democrática española (Fundamentos y enseñanzas de una experiencia)*, en “La experiencia española en el período de la transición”, *Pensamiento iberoamericano*, 1,: 143-159.

FUENTES QUINTANA, E. (2010) *Entrevista*, en Perdices y Baumert, *o.cit.*, 207-217.

MARÍAS, J. (1977) *La devolución de España*, Espasa Calpe.

MARTÍN VILLA, R. (2013) *Claves de la transición. El cambio de la sociedad, la reforma en la política y la reconciliación entre los españoles*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (disc de ingreso).

PERDICES DE BLAS, L. y BAUMERT, T. (2010) *La hora de los economistas. Entrevistas a cuarenta economistas que han contribuido a la modernización de la economía española*, Ecobook-Editorial del Economista.

VELARDE, J. (1978) *Economía y sociedad de la transición, Anotaciones en las ‘libretillas’ 17 octubre 1976 - 17 octubre 1977*, Editora Nacional.

VELARDE, J. (1982) *Exposiciones complementarias*, a Fuentes Quintana, 1982, *o.cit.*, 161-163.

VELARDE, J. (1999-2000) “Testigos de cincuenta años de política económica española”, en *Revista Asturiana de Economía*, 16-17: 201-243.

VELARDE, J. (2002) *Discurso pronunciado en el acto de entrega del Premio de Economía Rey Juan Carlos I*, instituido por la Fundación José Celma Prieto. s.l. ni e.

VELARDE, J. (2019) “La economía en la Constitución española”, *Torre de los Lujanes*. Revista editada por la Real Sociedad Económica Matritense, 73: 263-272.





D. PEDRO CEREZO GALÁN

*In memoriam de mi presidente  
don Juan Velarde*



Conocí a don Juan Velarde a mediados de los años setenta del pasado siglo, siendo él Rector de la Universidad Internacional de Santa María de la Rábida (Huelva) en un curso de verano, al que me invitó José Luis Pinillos. Yo mantuve con éste una estrecha relación por aquellos años, a raíz de la creación de la Facultad de Psicología en la Universidad de Granada, para la que reclamé su consejo y orientación en la selección del profesorado y ordenación de los programas de enseñanza. Nació así ente nosotros una amistad intelectual, que luego se confirmó con mi entrada en esta Real Academia en 1997. Pinillos me presentó al Rector Velarde dándome el honroso título de haber fundado las secciones de Filosofía y Psicología en la Universidad de Granada y esto debió de agradarle a Velarde que fue toda su vida un fundador. El Rector, aquel Velarde en plena madurez, tenía una presencia intensa, abarcadora y animadora; estaba realmente en todo, en las clases, en las charlas de pasillo o de sobremesa, en las tertulias tras la cena bajo la ardorosa noche del verano andaluz, o en la visita al monasterio de la Rábida que era nuestro afamado vecino. Más tarde, otra invitación de Pinillos me llevó por vez primera a la Universidad de

verano de Santander y allí estaba de nuevo Velarde, dirigiendo otro curso, y animando con su presencia nuestra convivencia. Luego vino la invitación de don Juan Velarde para un curso en La Granda, su Universidad asturiana de verano, de la que fue Director honorario, y a la que volví en alguna otra ocasión. No me extrañó, pues, que cuando a finales de los noventa, me llamó un buen día mi querido amigo Olegario de Cardedal para preguntarme si aceptaba mi candidatura a la Academia, cosa que me causó una gran sorpresa, me comunicara además que junto con él, iban a ser José Luis Pinillos y Juan Velarde los promotores. Luego, después de mi ingreso en octubre de 1997, supe por diversas fuentes de la batalla que tuvo que librar Velarde, con su gallardía y entusiasmo característicos, para promover mi candidatura. La Academia con el trato asíduo y próximo, semana tras semana, durante muchos, acabó confirmando una cálida amistad entre nosotros, en la que siempre he estado en deuda con sus atenciones y deferencias. Por eso, cuando un buen día, me comunicó don Juan Velarde su propósito de aspirar a la Presidencia de esta Real Académica, no fue necesario que me pidiera el voto. Me adelanté a prometérselo, en la conciencia de que le hacía gran ilusión el cargo como remate a su larga contribución a la Institución durante muchos años y coronación de su vicepresidencia. Yo

estaba en deuda con él como padrino de mi ingreso en la Academia y a un padrino no se le puede negar nada que sea honroso. Una vez elegido presidente a finales de 2017, cuando me llamó aquella Navidad para ofrecerme la Vicepresidencia, se la acepté de inmediato. Comprendí que, en atención a su edad, necesitaba de mi ayuda y no podía en modo alguno negársela a quien me había dado tantas pruebas de estimación y afecto. Era para mí un honor poder colaborar con él, y, a la vez, un modo de agradecerle su confianza en mi persona. Sé que algunos especularon con aquella decisión mía, atribuyéndola a no sé qué estrategias políticas en vez de ver en ella, sencillamente, razones de amistad que ligan más que intereses. Le presté mi apoyo y consejo con extrema lealtad, en perfecta sintonía de actitud y propósito durante su presidencia, y acabada la etapa, volví a dar prioridad a mi quehacer universitario, sin dejarme tentar por sirenas de ocasión. He sabido siempre lo que quería y mi dedicación a la investigación y la enseñanza han estado por encima de intereses y dignidades. Estoy firmemente convencido que un buen libro vale más que un buen cargo, y, que ningún cargo es bueno si aparta a uno de su vocación. Irme con él, sin intentar siquiera sucederle, era también un modo de ligarme más estrecha y fervorosamente a su gestión como presidente de esta Academia.

Me falta autoridad intelectual para hablar de su obra como economista. Pero, he conocido lo suficientemente al hombre, de cerca y en diversas ocasiones y circunstancias, como para trazar a grandes rasgos su etopeya. Fue un hombre de corazón recio y generoso, como buen asturiano. Juan Velarde tenía el *pathos* heroico, entusiasta y apasionado, de los hombres magnánimos (a veces con un despunte de genio que le provocaban los comportamientos arbitrarios), y el *éthos*, callado y laborioso, de la exigencia implacable consigo mismo y con los demás, del esfuerzo sin tasa y la generosidad de entregarse sin medida, —“la virtud que hace regalos”, que diría Nietzsche—. Sentía connaturalmente la *estimación* por lo noble y en este sentido dedicó su vida a altos valores e ideales, y buscaba siempre tener *empresa* heroica, pues solía vivir embarcado en tareas arduas y difíciles. Como dice Aristóteles del magnánimo en su *Ética a Nicómaco*, cuando este afronta una tarea, por peligrosa que sea, “no regatea su vida porque piensa que no es digna de vivirse de cualquier manera. Es también propio del magnánimo no necesitar nada o apenas, pero estar muy dispuesto a prestar servicio, y ser altivo con los que está en posición elevada y con los afortunados, pero mesurado con los de nivel medio” (1124b). En suma, ser grande sin afectación y auténtico sin alharacas. Y como alma noble, “habla y actúa con franqueza y no es pro-

penso a la admiración, porque nada es grande para él” (1125a), y sin embargo, sabe reconocer lo grande, allí donde lo encuentre, y congeniar con todo lo que es auténtico y de buena ley. “No hazañero, sino hazañoso —dice Gracián en su *Oráculo manual* del verdadero héroe—. Dé las hazañas, no las venda. Aspire antes a ser heroico que a solo parecerlo” (OM, pr. 295), lema de vida, que parecía cortado a la medida de su alma.

Un segundo rasgo de su carácter era su avidez de conocimiento, tanto en ciencias como en humanidades, asombroso en su memoria, pletórico en su entusiasmo, pródigo en sus intereses y multilateral en sus capacidades. Y, sin embargo, no tenía una mente archivadora de erudito ni de estilo enciclopédico. Sentía curiosidad por todo, leía todo, se interesaba por todo, y se hacía eco de las lecturas que verdaderamente estimaba. Yo le regalé un par de libros míos y no tardaba en darme muestras de su lectura y llevar sus impresiones a la prensa. En este sentido, parecía un hombre de otra época; a mí se me representaba del Renacimiento, donde floreció ese tipo de “hombres proteicos”, verdaderamente universales, como León Battista Alberti del que escribe Jacobo Burckhardt: “Innecesario es decir que toda su personalidad estaba penetrada y sostenida por la voluntad más enérgica, conforme con su lema de vida de que “los hombres pueden conseguirlo todo por sí mismos, con tal de que lo



quieran” (*La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Escelicer, 1941, p. 93). Juan Velarde quiso muchas cosas nobles, no por ambición, sino por pasión de conocimiento y emulación, y supo llevarlas a cabo con diligencia y tenacidad admirables. Y, sin embargo, tercer rasgo de su carácter, este alma grande tenía un corazón franciscano, sencillo y austero. No aparentaba nada que no fuera, no presumía de nada que ya fuera, no figuraba en nada que no valiese sustantivamente la pena; no perseguía cargos, y tuvo muchos y muy dignos, sino responsabilidades. Eran asombrosa su capacidad de autoexigencia personal y su disciplina en el trabajo, como era edificante la humildad con que se quitaba de en medio para dejar sitio al otro y a los otros, a la realidad, que se hacía valer por sí misma. Cuando celebramos en la Academia el I Congreso Internacional con las Academias homólogas de América, no consintió en tener el discurso de bienvenida, alegando que era yo quien había llevado el peso del trabajo. Protesté, traté de convencerlo, alegué que era lo propio de su cargo, todo en vano. Él tenía la convicción de que solo se es responsable de lo que se hace y lleva el cuño de lo propio. “La humildad —se ha dicho, creo que por santa Teresa— es la verdad”. Y la verdad tiene como el diamante un corazón duro y austero, aun cuando transparente. Así ha sido nuestro presidente Velarde, un hombre de verdad, de cristal de roca, todo un hombre.

En ocasiones, observando su comportamiento, me ha venido a las mientes la imagen de un paisano suyo, noble patricio y reformador incansable, don Gaspar Melchor de Jovellanos. De él dice Francisco Ayala en la semblanza que le dedica en *Los Políticos*, que era un alma *fronte-riza*. Sintió el drama histórico de la época que le tocó vivir, pero supo ser un inteligente mediador entre tradición y modernidad, entre un cristianismo exigente y severo, casi jansenista, y el templeado racionalismo ilustrado, en un difícil equilibrio entre su grave sentido histórico y el reformismo liberal e innovador; en fin, un humanista ilustrado, metido en política más por el destino que por vocación, que vivió con dignidad tanto los momentos de éxito como los de infortunio, afrontando con la misma responsabilidad histórica las graves decisiones de gobierno, sus proyectos reformistas incesantes y sus responsabilidades en la Junta Central durante la guerra de la independencia con Francia. A mí se me antoja que Juan Velarde fue entre nosotros otro Jovellanos con traje laboral, que sintió la desgarradura histórica de la Guerra española, la incivil como la llama Miguel de Unamuno, y supo emprender a su hora los primeros esfuerzos para abrir otra frontera, con la inteligente mediación necesaria entre la España tradicional de la postguerra y el reformismo liberal, tanto en economía como en cultura, y tanto en actitudes éticas como en com-

promisos políticos, exigidos en la hora grave de la transición democrática. Como don Enrique Fuentes Quintana, mi primer presidente en esta Academia, otra alma grande con empresa heroica, fue participante activo en los primeros y arduos esfuerzos por llevar a cabo una transición pacífica y fecunda.

Hoy le quiero decir adiós, repitiendo el gesto de su despedida en mi última visita a La Granda, hace un par de años, con Juan y Alicia a las puertas de la casona, agitando las manos cuando yo tomaba el taxi para el aeropuerto. Me emocionó aquel gesto emotivo de la pareja, que despedía tan efusivamente a su huésped amigo. Ya que no las manos, mi corazón también se agita hoy y se estremece mi voz para decirle desde esta tribuna, de la que fue su Casa académica durante tantos años: “Gracias por todo, querido presidente, por tu ejemplo y tu desvelo, y descansa en la paz de los justos y los luchadores esforzados”.

D. OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

*Teología y Universidad*  
*Recuerdo y homenaje a Juan Velarde*



Los colegas de esta Academia que ya han tomado la palabra han expuesto las líneas fundamentales de la personalidad de nuestro compañero Juan Velarde a la vez que su labor académica a lo largo de más de medio siglo. Yo solo quiero añadir dos hechos históricos, que me parecen fundamentales para conocer sus íntimas convicciones y sus empeños de fondo, en relación con lo que estas dos palabras significan y la relación que tienen entre sí. Universidad y teología se reclaman la una a la otra, cuando una sociedad quiere estar a la altura de la conciencia histórica y cuando la fe queriendo dar razón de sí misma se abre al pensar público y a creer más allá de sus propias bardas, y cuando una universidad permaneciendo sensible a las preguntas humanas fundamentales quiere ofrecer a la universidad junto a ciencia y técnica, razón y sentido, lógica y proyectos vivibles de vida personal.

En 1975 Juan era secretario general técnico del Ministerio de Educación y Ciencia, siendo ministro Cruz Martínez Esteruelas, quien le nombró a la vez rector de la Universidad hispanoamericana de la Rábida. Allí el organizó un curso de verano de un mes de duración para universitarios con los mejores expedientes y para

que convivieran una semana con profesores de primer rango provenientes de todas las áreas que pueden tener lugar en la Universidad. Entre ellas incluyó a la teología. Y nos llamó a Fernando Sebastián y a mí, el rector y yo decano de la Universidad Pontificia de Salamanca. Juan no nos conocía. En la tarea de buscar profesores le estubo al lado Rodrigo Fernández Carvajal, elegido después para esta Academia y este a su vez era amigo de Carlos Castro Cubels, sacerdote de Madrid que se estaba preparando para opositar a la cátedra de historia de la religiones, junto a su titular Ángel Álvarez de Miranda. Una vez fallecido este el Ministerio anuló esa cátedra.

Fernando Sebastián además de sus clases tuvo la lección inaugural del curso, publicada luego con el título: *“El descubrimiento de Dios y la vocación humana del intelectual”* (Madrid 1975). Con varias lecciones del curso yo intenté colaborar a discernir y orientar la nueva conciencia española tras los recientes y profundos cambios políticos y económicos del país. Las lecciones allí tenidas las publiqué en un volumen con el título: *“Ética y religión. La conciencia española entre el dogmatismo y la desmoralización”* (Madrid 1957). En otro de los cursos decidí interpretar una de las personalidades más significativas de la historia de España, que vivió a caballo entre el siglo XIX y el siglo XX, Miguel de Unamuno. Esta figura, como Ortega, entonces estaba

siendo recuperada e interpretada en sentido contradictorio. Junto al estudio de otros autores incluí ese capítulo en mi libro. “Cuatro poetas desde la otra ladera: Unamuno, Machado, Jean Paul Richter y Oscar Wilde” (Madrid 1996).

La segunda institución, en la que Juan Velarde quiso que estuviera siempre presente la teología desde el principio hasta el verano pasado, ha sido “La Granda. Escuela Asturiana de Estudios hispánicos. Universidad de Oviedo”. No voy a enumerar todos los temas de teología que verano tras verano han ido siendo estudiados en esta institución. Enumero algunos solo como ejemplo de la ancha mirada intelectual de Juan Velarde tanto al presente como a la historia, al pasado y al futuro.

Uno de los primeros cursos estuvo dedicado a la relación entre la teología de la liberación por un lado y por otro las situaciones económicas y políticas en Hispanoamérica. (Estaba entonces en primer plano la denominada teoría de la dependencia). En el curso estuvieron presentes las personalidades más significativas, comenzando por el entonces Presidente del CELAM (Conferencia del Episcopado Latinoamericano) Monseñor Quarracino, arzobispo de Buenos Aires, quien nombró su obispo auxiliar al Padre Jesuita Bergoglio hoy obispo de Roma. Con ambos comí en un viaje que hice entonces a Buenos Aires. Estuvieron presentes un grupo de teólogos por



aquellas fechas representativos, entre otros Leonardo Bof del Brasil e J. Ignacio González Faus de Barcelona. Los textos de las respectivas lecciones los publicamos en Salamanca con el título “*PUEBLA. El hecho histórico y la significación teológica*. Ed de J. Luís de la Peña y O. González de Cardedal Salamanca 1981). La ponencia del propio Juan Velarde lleva este título: “Los documentos del CELAM (Medellín, Puebla) y el estructuralismo económico latinoamericano”.

Otro de los seminarios que mayor eco encontró fue el dedicado a estudiar las relaciones entre ética civil y moral cristiana. Las posiciones estaban encontradas y hubo dos ponentes de especial relieve. Uno de ellos era el filósofo asturiano Gustavo Bueno, peculiar filósofo de la Universidad de Oviedo exponente a la vez de la anterior escolástica y de los nuevos movimientos filosóficos, entre ellos el de los entonces llamados jóvenes filósofos. Me tocó dirigir y ser ponente en la discusión. El tono de los gritos y el tenor de las voces casi todavía se oyen.

Más importante fue la presencia y participación en el mismo curso del filósofo judío francés Emmanuel Levinas, profesor en París que venía por primera vez a España y estaba emocionado por pisar Sefarad a la que consideraba también y a la vez su propia patria. Era una figura muy significativa por doble razón: por su aportación a la fenomenología y por su encuentro-choque

con Heidegger. Ambos son grandes filósofos, pero estaba por medio abierto un abismo entre ellos, una llaga abierta y nunca cerrada para el hijo de Israel. Heidegger había sido nombrado, después de la toma del poder por los nazis, rector de la universidad de Freiburg y luego no sabemos hasta donde compartió responsabilidad en la ideología que llevó a la Shoa-Holocausto, aniquilación de millones de judíos.

Juan Velarde no dirigía personalmente los cursos sino que daba entera confianza a aquellos a los que se los había confiado, tanto en la elección de los temas y personas como en el curso del diálogo siguiente a la exposición. Los temas fueron muy diversos: unos del campo de la teología, en el sentido estricto tanto del orden dogmático como del orden bíblico, histórico, moral y pastoral. Así por ejemplo uno de los cursos tuvo por tema: “*La Reforma protestante, 500 años después*”. De él salieron después varias publicaciones hechas por los propios ponentes. Yo mismo publiqué en Salamanca mi lección en libro con el título: *Martín Lutero. Reforma. Revolución. Contrarreforma (2019)*. Junto a estos cursos con tema intemporal hubo otros bien cercanamente atentos a hechos históricos o acontecimientos de relieve como *La pandemia global 2020. ¿Para un cambio de época? Lecciones filosóficas y teológicas (1920)*, publicado por J. Martínez Camino con el título *La fe en tiempos de pandemia. De la*

*utopía a la esperanza*. Encuentro, Madrid, 2021; y alguno por razón del lugar, con su historia y geografía *Covadonga. Verdad belleza y bondad de trece siglos (718-2018)*.

Junto a estos temas hubo otros aparentemente menos llamativos en primera lectura pero esenciales tanto para la iglesia como para la conciencia humana, girando en torno a estas dos palabras: Mártires y santos. A ellos ha dedicado el mismo. Juan Martínez Camino dos volúmenes que son el resultado de los cursos de 2016 y 2019 publicados ambos en la Editorial Encuentro: *Víctimas y mártires. Aproximación histórica y teológica al siglo XX*, 2017, 451 páginas. Y otro: *Mártires y santos en el centro de la historia. Del Vaticano II a Gaudete et Exultat*, documento de Bergoglio, 343 páginas. Junto a estos cursos se tuvieron otros referidos a acontecimientos históricos o a cuestiones éticas, que reclaman ser analizadas a fondo porque en ellas se decide el sentido y dignidad sagrada de la vida humana. En esta línea está el curso de 2021, *¿Derecho a morir? La eutanasia vista médica, jurídica, ética y teológicamente*. Curso publicado con el título, *La eutanasia contra la ecología humana* (BAC 223).

El alma y director del seminario de teología de los últimos siete años ha sido otro asturiano, primero profesor en la Universidad de Comillas y ahora obispo Auxiliar de Madrid Don Juan Martínez Camino. Sus palabras siguientes refle-

jan bien el espíritu motivador de quienes desde el primero hasta el último estuvimos en La Granda.

“En 2016 me pidió Don Juan organizar un curso de teología en el marco de los cursos de La Granda. Tenía un enorme interés por que esta disciplina volviera a estar presente en las sesiones y debates de la Granda, como él lo había conocido en sus primeros años de Director de los cursos allá por los años setenta. Acepté con mucho gusto y desde entonces he preparado un curso interdisciplinar con enfoque teológico. He visto a Don Juan disfrutar participando en todos ellos y enriqueciendo los coloquios con sus perspicaces intervenciones” (*Carta que me ha dirigido el 8 de marzo de este año*). Cuando hace dos años con motivo del cincuentenario de los cursos me otorgó la medalla de la Granda me hizo un inmenso honor.

Estas páginas tendrían que haber comenzado exponiendo la legitimidad y el sentido del título, mostrando la relación interna que hay entre las dos palabras: la universidad como lugar público de la razón histórica en todos los órdenes y la teología en cuanto reflexión del hecho histórico y personal de la fe como forma fecunda de existencia. ¿Qué fundamento hay para establecer coherencia y sintonía entre esta tarea objetiva de cada una de ellas? En mi última intervención en la Academia el 15 de marzo de 2022 intenté ofre-

cer una respuesta a esta pregunta, publicada en el número 99 de los *Anales* (Número 99, Páginas 279-312), con el título: *Experiencias humanas fundamentales y la pregunta por Dios*. En ese texto parto del siguiente presupuesto sustante a la mejor teología del siglo XX y que uno de los grandes teólogos del siglo XX, el protestante R. Bultmann, ha expresado en estos términos: “En las cuestiones del hombre por la felicidad, por la salvación, por el sentido de la historia del mundo y por la autenticidad de su existencia siempre se profiere ya (*spricht sich schon immer ein existentielles Wissen um Gott*) un saber existencial sobre Dios” (Cf. K. Hammann, *Rudolf Bultmann. Eine Biographie*. Tübingen 2009. Página 373).

Mi última conversación con Juan Velarde tuvo lugar varios días antes de su muerte y versó justamente sobre la teología en la Granda. Me pedía con sumo interés que estuviera allí para el Seminario de teología, pidiéndome en concreto que hablara sobre el papa teólogo recién fallecido, exponiendo lo que yo había escrito sobre él en la Tercera de *ABC* con el título *Ratzinger Benedicto XVI*.

Quiero concluir citando unas palabras que escribí en mi colaboración al *Liber amicorum* que le dedicamos. Llevan por título *Tres palabras. Tres claves de humanidad: Ser bueno, ser piadoso, ser amigo*. Cuando uno vuelve la mirada a la propia vida se percata de quiénes le han enseñado a

trabajar; quiénes a descubrir la pintura, la música o la poesía...quiénes a orar y estudiar, quiénes a descubrir a Dios, quiénes a trabajar, quiénes a creer, esperar esperar y amar...quiénes a vivir con dignidad a la altura de la propia vocación, y para decirlo con frase de Unamuno: a ser nada menos que todo un hombre. En el camino de mi vida yo encontré a quien hoy recordamos desde la amistad y la convivencia mantenidas durante decenios. Sin ese encuentro yo no sería hoy como soy. Por eso en esta Casa, que fue la suya durante decenios, le correspondo agradecido con estas tres palabras finales: memoria, reconocimiento, gratitud.



**D. ALBERTO RICARDO DALLA VÍA**

PTE. ACADEMIA NACIONAL ARGENTINA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*El Recuerdo de un Académico  
en Argentina*





En representación de los académicos de Ciencias Morales y Políticas de Argentina, me uno al justo y merecido homenaje que la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España tributa a quien fuera recordado académico presidente de esa prestigiosa corporación.

Tuvimos el placer de tratarle en distintas ocasiones en que nos visitara en Buenos Aires y, también, en una fecha muy reciente del mes de octubre del año pasado, en ocasión del seminario celebrado en Madrid entre ambas Academias y en el que tuvimos —una vez más— la oportunidad de debatir con gran altura intelectual, temas trascendentes en tiempos de post-pandemia y de un nuevo conflicto bélico en los confines de Europa. Una vez más, al mismo tiempo, pudimos estrechar los sólidos vínculos que unen a los miembros de nuestras dos academias.

A la trayectoria de Velarde, desde su nacimiento en Asturias, pasando por sus aportes en el Ministerio de Trabajo hasta la obtención del Premio “Príncipe de Asturias” en Ciencias Sociales y a su relación con el maestro Fuentes Quintana se referirán en este homenaje otros respetados académicos españoles que lo trataron mucho más que yo, aunque puedo en cambio testimoniar que sus

aportes, tanto en el campo de la Economía, trascendieron las fronteras para influir también en la doctrina de Iberoamérica. Era estudioso, riguroso muy meticuloso y preciso en sus conceptos.

Entre sus vínculos académicos en nuestra orilla del Atlántico, destaca su amistad con Raúl Prebisch, el destacado economista argentino que liderara la labor de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) de la Organización de las Naciones Unidas en la década de los '50 y quien tuviera marcada influencia en el diseño de programas económicos después de la caída del peronismo alentando la sustitución de importaciones como programa, tanto en tiempos de la llamada "Revolución Libertadora" como en tiempos del desarrollismo.

Los diálogos e intercambios entre Velarde y Prebisch se concretaron en distintos escritos y publicaciones. En el ámbito de nuestra academia cabe destacar la gran amistad que mantuvo con dos miembros de número muy queridos y recordados por todos nosotros, Carlos Floria y Gerardo Ancarola, ambos eran abogados y profesores universitarios como Juan Velarde aunque no provenían de la Economía sino de la Ciencia Política, del periodismo y de la vertiente del humanismo católico. Bastan estas referencias a sus amigos en la Argentina para comprobar la amplitud intelectual que Velarde reflejó en su muy extensa obra escrita.

En nuestra Academia Argentina recordamos muy bien su visita del año 2010, en ocasión del bicentenario de la Revolución de Mayo, de manera que participó de una sesión pública conjunta en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España y la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales.

En nuestra sede de Buenos Aires hay una fotografía con marco dorado que rememora ese acontecimiento evocativo del bicentenario patrio, en la que puede verse en el estrado, de izquierda a derecha, nuestro entonces presidente doctor Jorge Reinaldo Vanossi, el entonces presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Don Marcelino Oreja Aguirre, Don Juan Velarde Fuertes y el entonces presidente de la Academia Chilena, Don José Luis Cea Egaña.

Don Juan Velarde era por entonces vicepresidente de vuestra Real Academia y presentó una recordada comunicación titulada “Flórez Estrada: Noticia breve de un economista español al que le dolía América”. En ese escrito que comentamos, Velarde se refiere a este economista español que abrazaba ideas liberales y abogaba por la libertad de comercio en tiempos en que el monopolio era la regla entre la metrópoli y las colonias en tiempos del virreinato. Después de alegar en favor de la representación americana en las Cortes de Cádiz, producida la restauración

monárquica y la anulación de la Constitución de 1812, Florez Estrada se refugió en Inglaterra desde donde continuó batallando con su pluma.

Citaba Velarde al autor referido cuando decía: “El objeto de mi obra no es otro que la reconciliación de americanos y españoles y como para conseguirla el único medio es hacer ver que sus intereses no están en oposición, me ceñiré a hablar sólo de las causas que contribuyeron a dividirlos o, por mejor decir, del sistema que los puso en contradicción; y que por un efecto forzoso produjo la ruina de todos...Hablaré...de aquéllas causas que las personas aun de más probidad y luces no conocen tan comúnmente, esto es, de aquel sistema restrictivo, por el que, para conservar a América bajo nuestro dominio, se monopolizó la agricultura, comercio e industria de tan ricas posesiones, cuyo descubrimiento y conquista por este motivo, en vez de empecer, no sirvió sino para empobrecer y deteriorar la península...” (Miguel Artola, “*Estudio preliminar de las obras de Florez Estrada*”. Biblioteca de autores españoles).

De esa manera fraternal se refería Velarde a las relaciones de amistad entre españoles y americanos en ocasión del bicentenario de nuestra emancipación. No en vano, las ideas económicas que trajo sobre el tapete fueron defendidas en tiempos de la revolución por Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano, considerado

como el primer economista argentino por su tarea como Secretario del Consulado de Buenos Aires, curiosamente y afirmando nuestros vínculos, Belgrano se graduó como bachiller en Valladolid y posteriormente estudió Derecho en la Universidad de Salamanca; como en aquéllos tiempos se requería también realizar una práctica profesional, el bufete que eligió nuestro abogado y economista, integrante de la Primera Junta de Gobierno Patrio, quedaba en la Torre de los Lujanes, en la actual Plaza de la Villa de Madrid.

Son las mismas ideas sostenidas por el inspirador de nuestra Constitución Nacional, Juan Bautista Alberdi, quien también fue autor del *“Sistema Económico y Rentístico de la Nación Argentina, según su Constitución de 1853”*, escrito precisamente, para interpretar la constitución recién sancionada, Alberdi pregonaba la libertad económica y si bien el modelo constitucional siguió las grandes líneas de la constitución de Filadelfia, nunca renegó de la herencia hispánica ni de los aportes del derecho patrio. Era hijo de un vasco que se arraigó en Tucumán, en el norte argentino. Hace poco tiempo, el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales de Madrid incluyó sus escritos políticos y económicos en la colección de “Clásicos”.

Extrañaremos al académico afectuoso que era Juan Velarde en nuestra próxima reunión en Buenos Aires.



**D. JAIME ANTÚNEZ ALDUNATE**

PRESIDENTE ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y MORALES  
INSTITUTO DE CHILE

*Lo que puedo, te doy*





La súbita muerte en febrero pasado de quien fuera Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Excmo. Sr. Don Juan Velarde Fuertes, llegó a Chile como una esas tristes sorpresas que apenan el alma. Su vigor y su conexión con todo lo que fuese de interés en y para la realidad entorno, a pesar de su avanzada edad, hacía sentir todavía lejano este desenlace.

Escribo como actual Presidente de la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales, pero mi recuerdo tiene un carácter bastante antiguo y personal. Conocí a Juan hace 37 años, en la inauguración de un seminario organizado por el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile al que traía él su conocimiento, tan sólido y requerido, en materias económico-sociales. Cinco años después recibía como reconocimiento el importante Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales.

Dicho seminario, realizado en la hermosa sede central de la Casa de Bello, en Santiago, duró algunos días, pero casi inmediatamente, a pesar de una diferencia de edad de casi veinte años, trabamos una gran amistad, que con el tiempo, favorecida por igual fe y por intereses comunes, se acrecentaría cada vez más. Ese 1986

él era ya, y desde 1977, miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, a la que sirvió luego con denuedo, haciéndose cargo en ella de tantas responsabilidades. En tal condición era también “correspondiente” de nuestra Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.

Aquello que he llamado, respecto de su tiempo último, como “conexión”, en realidad fue siempre un rasgo sobresaliente en Juan Velarde. Conexión con las personas —interés por sus vicisitudes individuales, por sus trabajos o por su obra, capacidad de admiración en relación a ello, gran memoria de los detalles positivos concernientes a lo anterior, inventiva y ánimo para ayudar— todas características que, a mi juicio, lo hacían un auténtico ejecutor del bien común. Algo que, incluso, podríamos considerar una definición antropológica de su persona.

Sin que hubiesen mediado encuentros después de aquel 1986 —yo entonces con 40 años no pertenecía aún a la Academia— nos volvimos a encontrar, con la pausa que exige la amistad, diez años después, en los gratos parajes de El Escorial, donde tuvo lugar un Curso de Verano de la Universidad Complutense titulado “Chile, pasado y presente”. Llegamos hasta allí directores de medios, rectores de universidad, ex ministros de Estado, conocidos columnistas e historiadores —nuestro albergue en la sierra de Guadarrama

era un antiguo y encantador hotel donde antiguamente veraneaba Clark Gable— resultando ser que nuestro anfitrión y director del curso escurialense era nada menos que el profesor Juan Velarde. Fueron aquellos inolvidables días una fiesta de la concordia y de la inteligencia.

Juan me concedió entonces, en algún patio de El Escorial, una entrevista para el diario “El Mercurio” de Santiago sobre cuestiones relacionadas con la transición en España y en Chile, y acordamos además su pertenencia al Consejo de Consultores y Colaboradores de *Humanitas*, revista de la Pontificia Universidad Católica de Chile que conformaban distinguidas figuras intelectuales de Europa y América. Su compromiso, interés y aporte a este significativo espacio editorial fue siempre pródigo, como todo lo suyo.

Un capítulo importante en su acercamiento a la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales y en el desarrollo de nuestra amistad, se produjo entre el 2001 y 2003, años en los cuales, por razones académicas, residí con mi familia en España. Generosamente, en mi condición de “correspondiente” —siendo él ya entonces integrante de la Mesa Directiva de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas— me invitó a participar no sólo en las sesiones regulares de esta ilustre corporación, sino también a estar presente en circunstancias especiales, como la incorporación de nuevos titulares, así en la del

cardenal Antonio María Rouco Varela, que mantenía vinculaciones con *Humanitas*. Con esa misma generosidad —que interpreto no tanto en un sentido personal sino como expresión de su ánimo de *communio* académica que desde siempre promovía— fui convidado por él, en febrero de 2002, a incorporarme oficialmente como miembro “correspondiente” de esta corporación, en su hermosa sede de Torre de Lujanes en Plaza de la Villa, otorgándome la consiguiente medalla <sup>1</sup>. Este período fomentó el encuentro con maestros bien conocidos en Chile, así los académicos Antonio Millán Puelles (Q.E.P.D.) y Alfonso Lopez Quintas, de quienes, como del propio Juan, recibí además una muy valiosa colaboración en *Humanitas*, circunstancia que fue incrementando el acercamiento de nuestras academias, española y chilena. Gracias a Juan pude reatar un antiguo vínculo con el cardenal Don Marcelo González Martín, entonces arzobispo emérito de Toledo, con quien guardábamos el recuerdo de una notable colaboración suya en el decano de la prensa chilena, en la década de los ochenta, relativa a las polémicas generadas entonces en toda Latinoamérica, y en parte en España, por la teología de la liberación.

---

<sup>1</sup> “Medios de comunicación, periodismo y cultura: Cuestiones actuales” Año LIV - Número 79 - Curso Académico 2001-2002, Madrid 2002.

Entre 2005 y 2015 no faltaron diversos motivos de encuentro. Ya a esas alturas de nuestra relación, todo lo anterior, debo decirlo, lo sentía yo en Juan Velarde como temas suyos propios, pues era él una persona que, según fue dicho, vivía y hacía suyas e interiores las preocupaciones de sus cercanos y conocidos.

A pedido de los interesados, introduje a Juan tres destacados oficiales del Ejército de Chile — dos de los cuales ocuparon la Dirección de la Academia de Guerra— que le tuvieron como director de sus tesis doctorales en la Universidad Complutense. Hubo asimismo encuentros académicos en el extranjero, cuando él era Vicepresidente y presidía esta corporación el académico don Marcelino Oreja, así por ejemplo en Buenos Aires, donde como secretario académico estuve con el entonces Presidente de la Academia chilena, don José Luis Cea Egaña. Se iniciaron ya entonces las primeras aproximaciones a lo que vendría a ser el 1er. Congreso Iberoamericano de Academias, obra suya muy importante y de gran esfuerzo, que se haría realidad en 2017, bajo su presidencia.

Muchos tendrán presente la riqueza intelectual y humana que dió vida a los días de aquel Congreso, desde su inauguración por Don Felipe VI en el Palacio de la Zarzuela —a quien Juan Velarde como Presidente de la Academia y del Congreso respondió— hasta la conferencia de

cierre en la sede de Plaza de la Villa con las lúcidas palabras de Enrique Iglesias. En todos sus momentos, los de la organización y realización, estuvo presente el alma generosa de Juan Velarde y su acogida a las delegaciones iberoamericanas. Sus palabras entonces —en su agradecimiento al monarca en el Palacio de la Zarzuela, en el discurso inaugural y en la clausura— aún resuenan en los oídos de los miembros de las diez delegaciones latinoamericanas. Su invocación ante el rey de la preocupación heredada por la Real Academia desde su fundación en tiempos de doña Isabel II por establecer relaciones con los pueblos hermanos de América, su reflexión sobre la globalización y la conveniencia de encontrar ciertas respuestas conjuntas, el futuro de colaboración que “se abría para siempre” —enunciaba con entusiasta y joven esperanza— subrayaban que ese 16 de octubre de 2017, al inaugurar, que se iniciaba “algo muy importante”. Particularmente expresiva del carácter y de la biografía de Juan Velarde fue entonces su inolvidable cita —en nombre de estas delegaciones “hermanadas entrañablemente por el triple destino de la lengua, la cultura común y la historia”— de la *Egloga* tercera de Garcilaso de la Vega:

*Lo que puedo, te doy, y lo que he dado  
con recibirlo tú, yo me enriquezco.*

Agradecemos al Presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, señor don Benigno Pendás, la invitación al Presidente de la Academia chilena para participar en este in memoriam de un amigo inolvidable como fue don Juan Velarde Fuertes. Más todavía, agradezco al Presidente haber sido él también un puente para la inesperada y no imaginada última conversación con quien hoy recordamos, ocurrida cuando nos reunimos con el académico Presidente en Madrid el viernes 6 de enero pasado, día de Reyes, y tuvo él la feliz ocurrencia de llamar a Juan por teléfono. Fue un último regalo en esta tierra de su imperecedera amistad, pues nos fue así, como caída del cielo, dada la posibilidad de una última conversación, cuando ninguno de los tres imaginaba que pocos días después, esa persona de la que brotaba siempre felicidad y conformidad —que así era Juan en vida—, tendría su pascua.





**D. FERNÁN ALTUVE-FEBRES LORES**

PRIMER VICEPTE. ACADEMIA PERUANA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*Juan Velarde Fuertes.*

*Una semblanza desde Iberoamérica*



La triste noticia de la partida de Juan Velarde Fuertes representa para Iberoamérica no solo la pérdida de un invaluable erudito que dedico no pocas páginas de sus reflexiones a la región sino, sobre todo, la pérdida de un amigo sincero de la idea de Hispanidad.

Desde los primeros estudios de Juan Velarde sobre la frágil constitución económica de la Monarquía Hispánica se puede apreciar la importancia que tuvieron para la corona católica aquellos pueblos que incorporo a la cultura occidental y cristiana.

En ese sentido él entendía que era en “Las Españas”, como se conocían desde el barroco, donde se debía buscar las raíces profundas de las realidades económicas de las naciones que se fueron creando como consecuencia de la secesión de aquel vasto imperio donde no se ponía el sol. Afortunadamente aquellas patrias iberoamericanas, a pesar de los deseos del imperialismo anglosajón, nunca se alejarán completamente.

Por ello Juan Velarde afirmaba en *Iberoamérica, ultima hora* (Época; 18 de octubre de 1999) que:

“La América Hispana siempre ha estado presente en el ámbito español, no solos en la etapa virreinal,

sino en la que sique a la emancipación. Desde el punto de vista económico, sin embargo, las cosas cambiaron profundamente. En la primera de esas épocas, Hispanoamérica era la gran suministradora de plata, con sus ventajas para equilibrar el sector público y para salvar el déficit de la balanza comercial de España. Después se convertiría en la receptora de excedentes de mano de obra que no eran capaces de alcanzar una vida digna en nuestro país.”

Gracias a su importante libro *Economía Iberoamericana como drama e Ilusión* (Aranzadi; 2008), recopilación de artículos y ensayos, podemos recibir de Juan Velarde muy profundas y acertadas observaciones de Velarde sobre los procesos económicos, sociales y políticos de nuestros países en las últimas décadas del siglo XX.

Indudablemente esta obra resulta ser la culminación de aquel interés por lo iberoamericano que surgió en el autor desde su juventud. El mismo nos explica que:

“Al concluir mi licenciatura en ciencias Económicas, en 1947, de pronto en ese mundo de búsquedas que existe a los veinte años, se alzó, ante mí, la existencia del mundo hispano...en los años 1947 y 1948 me convertí en uno más del grupo de la revista *Álferez*, y me dediqué a asistir a las reuniones que teníamos en la cervecería Grabinus. En ambos lugares había pasado a vivirse, con enorme intensidad, la realidad hispanoamericana, no solo

como consecuencia de la reunión de *Pax Romana* en San Lorenzo del Escorial, sino por el planteamiento revolucionario del general Perón en Argentina” (p. 25).

Y agrega que fue en el Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe donde:

“Tuve el primer contacto con iberoamericanos. Mucha impresión me causo una conferencia de Giraldo Sanchez, que había sido jefe Nacional sinarquista, relatándonos recuerdos del alzamiento cristero...; o al conversar con un joven, de la familia peruana Riva Agüero, que me aclaró,..., mil realidades peruanas” (p. 26-27).

Explicándonos también que esta interesante reunión de textos se inició:

“A petición de Martin Santivañez, un brillante y joven profesor peruano, (y donde) he recopilado noventa y nueve últimos de estos trabajos míos. Los antecede, un artículo *Dualidad peruana*, publicado en *Razón Española* en marzo-abril de 1988, porque creo que sin él, y que trasciende del Perú, muchas de las cuestiones tratadas quedan sin explicación” (p. 26-27).

En el artículo mencionado Juan Velarde hace un brillante análisis del notable libro *Desborde popular y crisis del Estado. El nuevo rostro del Perú en la década de 1980* (IEP; 1984) del sociólogo

Jose Matos Mar (1921-2015). En su análisis entiende que la nueva realidad peruana, el nuevo rostro nacido en la década de 1960, es reflejo de un país fracturado entre una formalidad de minorías y una informalidad de mayorías y ello se constituye en metáfora no solo de un estado sino también de todo un continente.

A lo largo de este aleccionador libro vemos aparecer, en sus agudos análisis, a colosos económicos de la región como México y Brasil o a un simbólico Panamá, pero sobre todo se interesa y nos describe los pasos de los más importantes protagonistas de las políticas económicas del último medio siglo hispanoamericano: la heterodoxa Argentina y el ortodoxo Chile.

En ese contraste entre “el drama” y “la ilusión” logra observar a una tercera vía y en *Nacionalismo iberoamericanos (Veintiuno. Revista de pensamiento y cultura; N. 57, 2003)*, toma como excusa las interesantes memorias de un amigo, el intelectual argentino Marcelo Sanchez Sorondo (1912-2012), para retratar una opción media que zozobró en el mundo de la bipolaridad.

También fue argentino otro gran amigo de Velarde Fuertes; Raul Prebisch (1901-1986), secretario general de la CEPAL institución donde se gestó el “estructuralismo económico latinoamericano” al que el sabio asturiano califica como: “ideología” y “ultimo de los retoños... del ya añoso árbol del historicismo económico” (p.157).

Para Velarde existieron tres Prebish; el joven estudiante nacionalista clásico, el teórico desarrollista y, por último, el pensador autocritico tras la crisis de la deuda. Este, el menos conocido, le parecía el más interesante. Pero más allá de las diferencias académicas, el espíritu generoso de don Juan propuso a la Academia Sueca el nombre de Prebisch como candidato al Premio Nobel (p. 28).

Por contraste con el anterior, más afortunado ha sido para Juan Velarde su amigo Enrique Iglesias, personalidad que lideró la transición económica de la región hacia el orden y la estabilidad y, por ello, le hacia un reconocimiento en 2006 puntualizando que:

“Todo lo coronó al ponerse al frente del Banco Interamericano de Desarrollo, etapa que mucho contribuyó a que, ... apreciemos un despegue nada desdeñable en la economía iberoamericana” (p. 443).

Ahora bien, sin duda alguna el amigo iberoamericano más cercano de Velarde fue Juan Vicente Ugarte del Pino a quien había conocido entre los becarios del Colegio Mayor Guadalupe en 1948. Fue una amistad entrañable y cómplice, cuando se reencontraban todos los presentes sentíamos que estos sabios maestros retrocedían en el tiempo, a sus años universitarios, y por ellos sus conversaciones entretejían la sabiduría de la



edad con la vitalidad juvenil de quienes se conocen y aprecian toda una vida.

Compartió esta profunda amistad, un amigo común, Antonio Lago Carvallo (1923-2015), también animador de la revista *Alférez* y de quien Juan Velarde, en sentido homenaje póstumo, se confesaba gran deudor en lo que a su relación con Iberoamérica se refiere. (*Antonio Lago Carvallo. Un hombre de la concordia*. 2019. p. 195).

Muy importante fue el decidido apoyo que Antonio Lago brindó a Juan Velarde cuando este fue elegido Rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida en 1974, como sucesor del celebre historiador y peruanista Vicente Rodríguez Casado (1918-1990). Por aquel entonces, Velarde conoció y trabó amistad con un joven estudiante que hizo el curso de verano de 1975, se llamaba Alan García (1949-2019), había llegado a España recomendado por su maestro Ugarte del Pino para estudiar con Antonio Lago y años después sería presidente del Perú.

Poco conocido es el magnífico libro que Lago Carvallo le dedicó a Xenius, su maestro, titulado: *Eugenio D'Ors. Anécdota y categoría* (Pons, 2004) donde Lago recoge una idea profunda de Pedro Laín Entralgo (1908-2001):

“La anécdota pertenece constitutivamente a la fama del hombre egregio. Sin anécdotas es concebible una “obra”; no lo es una “fama”.

Y es que, al hacer una semblanza de un famoso como Juan Velarde, esta idea es esencial pues él fue un gran protagonista de múltiples anécdotas, basta para ello leer el magnífico libro *Testigo del gran cambio* (Encuentro, 2016), pero además, también fue un cazador de anécdotas que recopilaba incansablemente en unas celebres libretitas.

Gracias a mi maestro Ugarte del Pino pude conocer a Juan Velarde y Antonio Lago. Desde entonces los frecuenté cuando visitaba a Madrid. También los vi en sus visitas a Lima. Don Juan lo hizo varias veces. Recuerdo un viaje en 2005 como consejero del tribunal de cuentas y luego otra visita académica en 2008 en la que estuvo acompañado de su esposa Alicia Valiente, una de sus hijas y tres de sus menores nietos y, que yo podría calificar de triunfal.

En esta visita realizada a inicios de 2008 fueron muy importantes sus conferencias en la cámara de comercio española y en la universidad donde compartió tribuna con el presidente del Banco Central Julio Velarde Flores, con quien trabo inmediata amistad no solo por el “parentesco” del apellido sino, porque además decía que compartían las mismas iniciales “JVF”.

Pero la intervención más sonada de don Juan en el Perú fue una entrevista radial en la cadena RPP a la hora de mayor audiencia donde anunció que había que estar preparados para una cri-

sis económica global de grandes dimensiones antes de terminar ese año.

Varios entendidos locales en temas económicos me aseguraron que había sido una exposición brillante pero muy exagerada, que las cifras mundiales eran estupendas y con esas proyecciones no había nada que temer. Hasta que llegó el mes octubre de 2008 y la crisis norteamericana mostro la dimensión nefasta que Velarde Fuertes había pronosticado. Desde entonces los entendidos locales me empezaron a preguntar si había hablado con mi amigo el “profeta” español y que le preguntase que vislumbraba en el futuro. En una conversación, tiempo después, le pregunte como había podido identificar con tanta exactitud esa crisis y me dijo que había seguido todas las estadísticas anteriores a la de 1929 y que, si bien había situaciones muy distintas, las cifras mostraban tendencias muy similares.

Gran lector Juan Velarde siempre estaba consultando libros, en especial de temas y personajes que tuviesen alguna incidencia hispanoamericana. Relativo a temas peruanos le entusiasmo mucho el libro de Guillermo Lohmann Villena (1915-2005), *Plata del Peru, riqueza de Europa* (FEC, 2004) y le dedicó una laudatoria reseña al libro de la economista Roxanne Cheesman titulado *El Perú de Lequanda. Economía y Comercio a fines del siglo XVIII* (IEP, 2011). También tuvo la generosidad de interesarse por las

obras del canciller y ministro de hacienda de Simón Bolívar; Jose Maria Pando (FEC, 2015) que nosotros publicamos y que también quiso presentar en esta misma academia.

A finales del año 2015 recibió de Lima la noticia del fallecimiento de Vicente Ugarte y le dedico un emotivo homenaje titulado: *España no puede olvidar a Ugarte del Pino (Razón Española: N. 196. Madrid, 2016. p. 191)* donde luego de hacer una extraordinaria semblanza del amigo desaparecido nos decía:

“La última tarea que he compartido con Vicente Ugarte del Pino, fue establecer lazos muy firmes con una de sus últimas creaciones: la academia peruana de ciencias morales y políticas”.

Y nada ha sido más cierto que la Academia Peruana de Ciencias Morales y Políticas, correspondiente de la española, ha tenido en Juan Velarde Fuertes a uno de sus mayores promotores. No hay que olvidar que ella se fundó en 2008 luego de su viaje a Lima de ese año, y que su entusiasmo lo contagio a otros distinguidos académicos como Marcelino Oreja, quien viajó a Lima en 2012 para presidir la instalación oficial de las sesiones de la Academia Peruana, en una ceremonia realizada en el claustro de la Universidad de San Marcos que conto con un discurso inaugural ofrecido por Jose Matos Mar.

Del afecto que tuvo don Juan por la Academia Peruana, que él ayudo a crear, da cuenta una simpática anécdota ocurrida con motivo de la entrega que le íbamos hacer de su diploma y medalla como Académico de Honor. Resulto que por esos días Juan Velarde se encontraba internado en una clínica a raíz de un malestar menor. Nos preocupamos por su estado pero no quisimos molestarlo, con su consabida energía nos insistió en que lo visitásemos para recibir de inmediato su insignia y, es así, como guardo con entrañable cariño una foto de él, en pijama, y con su medalla al cuello, muy contento de su investidura de académico peruano en el hospital.

Honda huella es la que deja este galardonado Premio Príncipe Asturias y, porque no decirlo, un verdadero príncipe de los economistas. Y estamos seguros que, esa huella, no se borrará, no solo de las ciencias económicas, sino tampoco de las humanidades pues, en muchos casos, para él, la economía fue casi un pretexto para tratar sobre la historia, la literatura, la sociología o las ciencias de España, pero sobre todo de lo hispánico sea esto en Guinea Ecuatorial o en esta Iberoamérica que no podrá olvidar a Juan Velarde Fuertes.

**D. PEDRO A. PALMA**

ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONÓMICAS DE VENEZUELA

*Remembranza de un erudito*



Siempre he sostenido que quien estudia la realidad presente de una economía sin tener conocimiento de su evolución histórica está severamente limitado en su análisis, pues desconoce por qué y cómo se llegó a la situación actual, y posee limitadas herramientas para pronosticar su posible evolución. Esto también lo han creído muchos profesionales y científicos de las ciencias sociales, uno de ellos Juan Velarde Fuertes, destacado economista y académico español, quien falleció en febrero pasado. En una reciente sesión solemne de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España (RACMyP), celebrada en Madrid a mediados del mes de mayo, se le rindió un merecido y muy emotivo homenaje a la memoria de este ilustre profesional, quien fue presidente de esa insigne institución por varios años, y quien dejó una huella imborrable en la enseñanza de las ciencias económicas y en el estudio y análisis de la economía española. En las ocho ponencias realizadas en ese encuentro por varios Académicos de Número de la RACMyP se destacó la importancia que le dio el homenajeado a lo largo de su vida al estudio de la historia y de la evolución del pensamiento económico, así como al análisis de la geopolítica



mundial. Para él, esos conocimientos eran de fundamental importancia y herramientas esenciales en el análisis de las realidades económicas.

Eso se obvia en su extraordinario ensayo sobre el desenvolvimiento de la economía española durante más de un siglo, titulado *Cien años de economía española*, donde Velarde presenta un concienzudo estudio acerca de las realidades y desenvolvimiento de esa economía, cubriendo un lapso que va desde los tiempos de Antonio Cánovas del Castillo a fines del siglo XIX hasta los gobiernos de Aznar, que van desde los últimos años del siglo XX y comienzos del XXI. Allí hace un análisis que trasciende a lo puramente económico, examinando la evolución de esa economía dentro de un contexto histórico y geopolítico por demás interesante. Por ejemplo, se destaca allí la influencia de la realidad alemana sobre España en los tiempos de Bismarck, el recio canciller alemán, quién tuvo una relación muy estrecha con Cánovas del Castillo, influyendo esto grandemente en la inclinación proteccionista que le imprimió este último a la política económica implantada en España durante su gobierno.

También destaca Velarde el cambio de política económica que se produjo en el «Gobierno largo» de Antonio Maura entre enero de 1907 y octubre de 1909 de la mano de su ministro de economía, el catedrático Antonio Flores de

Lemus. Entonces se estableció como primera prioridad la expansión de la producción a través del estímulo de la inversión, produciéndose lo que se ha dado por llamar el «efecto Flores de Lemus». Ello produjo un resurgimiento de la actividad económica después de varios años de recesión, a pesar de la crisis de la economía estadounidense de 1907, que rápidamente se propagó internacionalmente. Fue, si se quiere, la implementación de las ideas «regeneracionistas» en la economía española durante el gobierno de Maura. No obstante, durante este período también primó el proteccionismo, aplicándose varias leyes que salvaguardaban a la industria española.

Como bien lo explica Antonio Robert en su libro *Un problema nacional, la industrialización necesaria*, publicado en 1943 y citado por Velarde: «Durante los treinta años siguientes, es decir, hasta que sobrevino el alzamiento de 1936, la política española se caracterizó siempre por su marcado proteccionismo, fueran del carácter que fueran los Gobiernos que se sucedieron en el poder. Con variaciones de matiz y procedimiento, la Monarquía, la Dictadura y la República ampararon la producción nacional». En efecto, después de los difíciles años de la Gran Guerra, en España se implementó una férrea política proteccionista, como lo estaban haciendo múltiples países del orbe. Durante la dictadura de Primo de Rivera, desde 1923 a 1930, se puso en mar-

cha una política expansionista, caracterizada por un sostenido aumento del gasto público, e importantes desarrollos corporativos ampliamente protegidos, buscándose, además de la creación de fuentes de empleo, la modernización de la infraestructura vial, la mejora de los servicios públicos de transporte y comunicaciones, y el mejor aprovechamiento de las cuencas hidráulicas de los ríos españoles. Eso lleva a Valverde a identificar a esta administración como «una dictadura keynesiana antes de la Teoría General», pues, en cierto modo, se anticipó España en la implementación de las ideas de expansión fiscal propuestas por Keynes en los años 30 en su famoso libro *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, como una forma de estimular la demanda y de vencer a la recesión y al desempleo, políticas que fueron implementadas en Estados Unidos con el *New Deal* de Roosevelt y en otras economías.

A la negativa realidad económica de la II República (1931-1936), afectada no solo por las malas políticas públicas implementadas, sino también por la Gran Depresión de los años 30, siguió el largo y caótico período bélico, que va desde 1936 hasta 1945. Los altos costes económicos de la Guerra Civil (julio de 1936 a abril de 1939), los resume Velarde en los profundos daños que se produjeron en la producción y en el capital nacional, la alta inflación que se materia-

lizó, el trastorno demográfico que se produjo, la pérdida de las reservas de oro, y la considerable hipoteca internacional que quedó.

La II Guerra Mundial, por su parte, generó una situación muy difícil para la dictadura franquista que siguió a la Guerra Civil, materializándose una economía de guerra que fue seguida, a partir de 1945, por un aislamiento internacional y por una lucha guerrillera que entorpecieron el esfuerzo de reconstrucción que se intentaba poner en marcha. Explica Velarde que a partir de 1947 se implementó el Primer Plan de Estabilización, que duró hasta 1953, según el cual, se intentó desarrollar la actividad productiva de forma autárquica y con una alta dosis de intervencionismo estatal y de proteccionismo, combinado con una política cambiaria rígida, caracterizada por una peseta no convertible y con un tipo de cambio fijado administrativamente. El resultado fue pobre, generándose una producción de baja calidad y un sector industrial poco competitivo. Esto fue seguido por los Pactos con Estados Unidos de 1953.

La condición hegemónica de los Estados Unidos después de la II Guerra Mundial, basada en unas abundantes reservas de oro y en un dólar convertible que era apetecido por las economías del mundo entero, le dio a ese país la condición de «banquero del mundo». Ello le facilitó, entre otras cosas, la ampliación de los mercados para

sus productos, y las posibilidades de expandir la presencia de las corporaciones estadounidenses en el mundo entero, particularmente en las devastadas naciones europeas. Para ello era necesario reducir drásticamente el proteccionismo en los países aliados, presentándosele a España la oportunidad de solventar las consecuencias del aislamiento que sufrió durante los primeros años de la Guerra Fría, a través de una alianza con EE. UU. acordada en 1953, que implicó el inicio del proceso de apertura de su economía. Sin embargo, esa apertura fue tímida, manteniéndose muchos de los vicios proteccionistas tradicionales. Otros factores que limitaron el cambio fueron el progresivo descontrol fiscal y el considerable repunte inflacionario que se generó por el importante aumento de los salarios de 1956, y que Velarde los califica de respuesta populista al conflicto estudiantil que se había iniciado el 7 de febrero de ese año.

Los trabajos de varios profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid durante la década de los 50, entre los que se encontraban Enrique Fuentes Quintana y Valentín Andrés Álvarez, ambos Académicos de Número de la RACMyP, así como de jóvenes economistas, Velarde Fuertes entre ellos, plantearon críticas bien fundamentadas a la política económica tradicional y a los desatinos que entonces se implementaban, pro-

poniendo una serie de correcciones y reorientaciones que debían implementarse en el manejo de lo económico. Ello contribuyó a crear una masa de opinión importante que respaldó la implementación a partir de 1959 de lo que Velarde denomina «un cambio revolucionario hacia la ortodoxia económica».

El profesor Jaime Requeijo, citado por Velarde, plantea que los principales componentes de ese cambio revolucionario en relación con el sector exterior fueron: 1- La fijación de un cambio único de 60 pesetas por dólar y la declaración de su convertibilidad para no residentes; 2- la apertura comercial a través de la liberalización progresiva de las importaciones procedentes de países de la OECE; 3- la revisión arancelaria; y 4- el estímulo de la inversión extranjera. Adicionalmente, Velarde menciona otros componentes importantes de esa revolución: la disciplina fiscal, buscándose el equilibrio presupuestario y la eliminación del financiamiento de gasto público por el Banco de España, y la aplicación de un nuevo y funcional esquema de seguridad social. La implementación de la nueva política económica generó un sostenido y fuerte crecimiento del PIB en el lapso 1959-1973, uno de los más altos de los países de la OECE.

Sin embargo, el notable incremento del precio del petróleo que se materializó durante la primera crisis energética que siguió a la guerra

del Yom Kippur y al embargo petrolero liderado por Arabia Saudí a fines de 1973, la materialización de aumentos súbitos de los costos laborales en España, y los cambios de orientación de la política económica generados por la rápida sucesión de ministros de Hacienda entre 1973 y 1976, generaron un viraje en la realidad económica de España, desacelerando el nivel de actividad económica y elevando sustancialmente las presiones inflacionarias. Ello agregó dificultades a esos difíciles años del nacimiento de la democracia en España. No obstante, esa nación contaba con una pléyade de políticos, profesionales y académicos que hicieron posible el manejo de los difíciles problemas y escayos que se presentaron en esa etapa inicial, dándole sustento a la naciente democracia, y permitiéndole su ulterior consolidación y avance.

El profesor Velarde Fuertes jugó un papel relevante en ese proceso de transición, dejando su huella, juntamente con la de Enrique Fuentes Quintana, Ramón Tamames y de otros destacados miembros de la RACMyP, en la elaboración de los Pactos de la Moncloa, pilar fundamental del proceso democrático que se ha vivido en España desde fines de los años 70 del siglo pasado. Ese ha sido un proceso complejo pero exitoso, habiendo altos y bajos en materia económica y política, pero en el que España ha tenido un resurgir, posicionándose como un importante

miembro de la Comunidad Europea y una de las principales economías del orbe. Velarde Fuertes, con su erudición, sólida formación profesional y extraordinaria capacidad de comunicación y transmisión de conocimientos, hizo importantes aportes y contribuciones a la consolidación de la democracia en España y al extraordinario avance y desarrollo económico de esa nación durante las últimas décadas.

No tuve la suerte de conocer personalmente al profesor Velarde Fuertes, pues por razones de salud me vi impedido de participar en el I Encuentro Iberoamericano de Academias de Ciencias Morales y Políticas y de Academias de Ciencias Económicas, celebrado en Madrid en octubre 2017 bajo los auspicios de la RACMyP, presidida por él en ese momento, reunión en la que sí estuvo presente nuestra Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela, representada por su presidente Humberto García Larralde, y por su secretaria Sary Levy Carciente.

Sin embargo, sí pude asistir al acto *In Memoriam* de su persona, celebrado en el Salón de Sesiones Públicas de la RACMyP el 16 de mayo de 2023, en el que, como ya fue dicho, ocho académicos de esa corporación presentaron sendas remembranzas de ese destacado economista español, cuya extensa obra refleja, no solo el profundo y concienzudo conocimiento que él poseía de la economía española, sino su amplio saber de la



historia, de la geopolítica, del desenvolvimiento del pensamiento económico español y universal y de la política europea y mundial. Más que un destacado economista, bien puede identificarse al profesor Velarde Fuertes como un erudito de primer orden, a quien hay que rendirle merecidos homenajes.

Con esta breve remembranza he querido ser uno más de los que ha destacado la obra y personalidad de ese ilustre personaje que fue don Juan Velarde Fuertes, por lo que le agradezco infinitamente a don Benigno Pendás García, presidente de la RACMyP, la gentileza que tuvo hacia mi persona al invitarme a escribir estas palabras.

Caracas, mayo de 2023.

Dña. JOSEFA EUGENIA  
FERNÁNDEZ ARUFE

*Juan Velarde, Maestro y Amigo*



Es un motivo de satisfacción participar en este libro-homenaje para el profesor Velarde Fuertes. Y lo es, no sólo, por su vida dedicada al estudio, análisis y tantas contribuciones a la Ciencia Económica, sino también, por la influencia que ha ejercido, tanto en el ámbito docente e investigador, como en el elevado número de discípulos y alumnos que su dilatada vida le ha permitido llevar a cabo.

Hay maestros que, por su buen hacer, las promociones de un determinado campo científico le deben parte de su formación. Esto ocurre con el desempeño del magisterio de Juan Velarde. He de manifestar que formo parte de esos eslabones que, entrecruzados a lo largo del tiempo, en las tareas docentes e investigadoras, han recibido su singular influencia. Ha marcado así el andar por los caminos intelectuales que transitamos, en la profesión que un día elegimos. Su trayectoria docente e investigadora ha permitido contribuir, a la formación de un elevado número de promociones que han tenido la oportunidad de recibir su magisterio.

Por fortuna, en medio de sus quehaceres, el Profesor Velarde no ha dejado de ser joven, demostrándolo en su capacidad dialéctica, de

recepción y transmisión de conocimientos intelectuales. Los siguientes rasgos así lo confirman:

Su generosidad que se manifiesta en la entrega a los demás sin pensar en sí mismo, la perseverante asistencia al compromiso de sus clases más intempestivas; la ayuda a los alumnos más allá del horario convencional; y el apoyo, siempre entusiasta, a los trabajos de investigación tanto de sus compañeros como de sus discípulos: Su humanidad, como lo atestiguan las pruebas de amistad entrañables hacia los compañeros que han podido atravesar situaciones difíciles. Y su curiosidad por la evolución de la realidad, en el más amplio sentido, reflejada en su capacidad y avidez por la lectura que ha abrumado y, al mismo tiempo, estimulado a los que le conocemos. Don Valentín Andrés Álvarez, al darle la bienvenida en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, lo definía como poseedor de “un extraordinario saber, una aguda inteligencia y una enorme capacidad de trabajo”.

Esta curiosidad por el saber le ha conducido a otros campos próximos de la Economía. Como sabemos, la frontera de la Ciencia es permeable, y más aún, en las Ciencias Sociales como es el caso de la Ciencia Económica. Así el Profesor Velarde ha trabajado en la Ciencia Económica Contemporánea Española, en el profundo estudio del cuadro natural por el que discurre el

conocimiento económico español, o bien, en la biografía de personajes que interpretaron puestos principales y secundarios de nuestra vida política, económica y cultural. Solo cuando es posible analizar las múltiples interrelaciones sociales es factible alcanzar respuestas precisas al porqué de los hechos económicos.

La juventud del Profesor Velarde se manifiesta, asimismo, en mantener las convicciones resultantes del adecuado raciocinio, navegando en contra de la corriente a pesar de los riesgos que, en muchas ocasiones, conlleva. Esto lo puso de manifiesto, especialmente, en tres momentos diferentes: el primero, en la defensa que realizó, en la prensa, en 1954, apoyando el Impuesto sobre la Renta Nacional y Progresivo, que enojó al entonces Ministro de Hacienda; el segundo, el informe que elaboró, en el año 1963, sobre el desarrollo de Guinea Ecuatorial, que motivó la oposición de la Presidencia del Gobierno; y el tercero, en la intervención que llevó a cabo en el Ateneo de Valencia, 1972, a favor de la participación de Pascual Carrión en la Reforma Agraria de la II República, que había sido escasamente valorada.

Su trayectoria docente e investigadora le ha permitido, también, contribuir a tres momentos trascendentales de la historia económica contemporánea que serían decisivos para el futuro de la sociedad española. Así, en el Plan de Esta-

bilización de 1959, que sentaría las bases para el crecimiento y apertura al exterior de nuestro sistema productivo; en los Pactos de la Moncloa, en el inicio de la transición política española; y en la integración de España en la antigua Comunidad Europea, cuyos efectos políticos y económicos configurarían un nuevo ordenamiento y estructuración difícil de vislumbrar.

En las enseñanzas de su dilatado quehacer, vivido de forma ilusionada, día a día y, en ellas, hay una serie de principios e ideas que hemos de recordar siempre los economistas en nuestra labor profesional. Como son: el respeto por nuestros maestros; la curiosidad por el futuro sin olvidar el pasado; que de la controversia bien conducida sale la luz; que la nobleza es perseverar en las ideas y ser fuertes en la adversidad; que investigar en los hechos que nos rodean es el más noble de los quehaceres intelectuales; que la Ciencia Económica no es lúgubre ni egoísta, sino que, como Ciencia Social que es, debe contribuir al bienestar de los ciudadanos. Sobre todo, nuestro agradecimiento por inculcarnos que el trabajo bien hecho debe ser una tarea diaria y que la lealtad y la honradez deben conducir nuestras actuaciones.

El Profesor Velarde ha manifestado que lo que ha deseado ser por encima de todas las cosas, es Profesor universitario de Economía. Haber cumplido este objetivo le habrá proporcionado,

sin duda, alegrías y tristezas, pero, también, por encima de todas las cosas, le ha permitido reunir un amplio y variado número de discípulos para los que la referencia de sus enseñanzas determina una fructífera conexión docente e investigadora.

Conservo del Profesor Velarde recuerdos imborrables que me acompañarán siempre, en mi labor docente e investigadora y sobre todo en la forma de entender, ver y actuar en la vida. Para los que hemos tenido la fortuna de compartir un camino, su huella en nosotros será imprecadera. No sé si hemos alcanzado todo lo que su ejemplo nos ha brindado, pero con seguridad hemos puesto todo nuestro empeño.

Es de recuerdo obligado referirme a sus relaciones con la Universidad de Valladolid que se han desarrollado de manera asidua, desde la creación de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, en 1975. Siempre se contó con su presencia en las múltiples ocasiones que se le solicitó, bien para la impartición de seminarios, conferencias, tesis doctorales, u otras actividades científicas y académicas de la Facultad. Colaboró en ciclos organizados por el Consejo Social y respondió, también, a las invitaciones que le fueron formuladas por la Comunidad de Castilla y León. Es incalculable el valor de esta dedicación.

La Comunidad de Castilla y León le ha distinguido con el Premio Castilla y León de Cien-



cias Sociales y Humanidades y el Premio Infanta Cristina. Pero, sobre todo, guardo en mi corazón que la Universidad de Valladolid le otorgara la distinción de ser Doctor Honoris Causa siendo su madrina. Recordarlo y revivirlo es pensar en sus enseñanzas docentes e investigadoras. El tema elegido fue: NACIMIENTO, VIDA Y MUERTE DE LA PESETA. La historia de un sueño a otro (1868-2002).

Muchas gracias, Profesor Velarde.

D. CAMILO LEBÓN FERNÁNDEZ  
Dña. ROCÍO SÁNCHEZ LISSEN

*La pasión por saber de Juan Velarde  
y su legado en la Universidad de Sevilla*



El conocido economista alemán Wilhelm Röpke (1899-1966), publicaba en 1953 en la revista *Moneda y Crédito* un artículo titulado “La posición científica de la Economía”. En él señalaba que la Ciencia Económica debería ser *“antiideológica, antiutópica, desilusionadora por excelencia, y prestar con ello a la sociedad el inapreciable servicio de rebajar la temperatura de las pasiones políticas, combatir los mitos de las masas y amargar la vida a todos los demagogos, magos de las finanzas y hechiceros de la Economía”*.

Estas palabras de Röpke de hace siete décadas, nos sirven precisamente para caracterizar la labor académica y de divulgación realizada por Juan Velarde a lo largo de su larga y fructífera vida. En este sentido, no solo se formó en el ámbito estricto de la Economía, sino que amplió sus conocimientos con el estudio de la Historia, la Filosofía y la Literatura, entre otras ramas del saber. Ello le permitió entender mejor los entresijos de la realidad económica y acertar en sus planteamientos de futuro a la manera de un zahorí, término con el que el propio Velarde calificó a Manuel de Torres Martínez —fallecido en 1960— en una conferencia en homenaje suyo celebrada en Alicante. Hoy en día, cuando lo

habitual es encontrarnos con economistas académicos tendentes a la especialización en una materia muy concreta, a Juan Velarde se le puede considerar una *rara avis*.

La juventud de Juan Velarde ha tenido un importante protagonismo en su trayectoria personal. Cuando finalizaba el bachillerato en el Instituto Ramiro de Maeztu de Madrid, no pudo presentarse al examen de Estado en la convocatoria de junio, por no haber cumplido los 17 años y tuvo que esperar a septiembre, alcanzando el premio extraordinario. En 1947, con 20 años, obtuvo la licenciatura en Economía en la primera promoción de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la entonces Universidad Central de Madrid, siendo el más joven de su promoción. Antes de obtener en 1960 la cátedra de Estructura Económica en la Universidad de Barcelona, Juan Velarde ganó en 1950, con el número 1, a la edad de 23 años, la oposición al Cuerpo Nacional de Inspección Técnica de Previsión Social (posteriormente llamado Inspección de Trabajo). Sin embargo, su primera intención había sido presentarse a la del Cuerpo de Técnicos Comerciales del Estado —como lo hizo Enrique Fuentes Quintana— pero de nuevo, por culpa de su juventud, no cumplía los requisitos de edad y no pudo firmarla.

El destino situó a Juan Velarde en el Ministerio de Trabajo, cuya labor fue fructífera, ya que

además de trabajar en la Inspección Técnica de Previsión Social, fue también Secretario General Técnico y Vicesecretario de Estudios, así como director de la *Revista de Trabajo* a partir de 1963. Tras ganar estas oposiciones, Velarde fue tentado por Luis Olariaga, catedrático de Economía Política en la Facultad de Derecho, para que aceptase entrar en el Banco Hispanoamericano bajo su protección y con un sueldo mucho más alto que el de un funcionario. Sin embargo, Velarde no aceptó y aunque Olariaga le dijo que se arrepentiría de esa decisión, lo cierto es que nunca lo lamentó, ya que además de la seguridad que conseguía como funcionario público, se sentía “radicalmente libre”.

En 1963 entró en vigor la Ley de Bases de la Seguridad Social y Juan Velarde contribuyó en sus planteamientos básicos, mediante el estudio de la aplicación a España del informe Beveridge, para pasar en nuestro país de un sistema de capitalización a otro de reparto. En el ministerio, Velarde trabajó junto a Mariano Ucelay, José María Esteban, Santos Gil y Alfredo Santos, entre otros.

Los diversos trabajos de investigación y de divulgación abordados por Juan Velarde, ya fuesen en forma de artículos, libros, reseñas, prólogos, informes o publicaciones en la prensa —con los que se contabilizan miles de trabajos— hacen difícil su síntesis, aunque consideramos

que tiene interés referirnos brevemente a sus orígenes.

Una de sus principales líneas de investigación se centró inicialmente en las economías iberoamericanas y sus relaciones con la economía española. Esta labor arranca el 4 de diciembre de 1947, cuando pasa a dirigir el Seminario sobre Economía Hispanoamericana en la Asociación Cultural Iberoamericana, del cual surgió un trabajo para su curso de doctorado sobre la relación real de intercambio de Argentina, encargado por el catedrático de Teoría Económica Manuel de Torres Martínez. Sobre las vicisitudes de esta etapa, durante los años 1947 y 1948, Juan Velarde ha contado en el prólogo al libro de Rocío Sánchez Lissen *Los economistas de la Escuela de Madrid* (2007), cómo tanto él como Enrique Fuentes se lanzaban ávidos sobre libros y revistas científicas que llegaban al Instituto de Cultura Hispánica, cuyos contenidos debatían en el Seminario Brasil-Portugal, de forma que a veces competían sobre quién los leería antes. Entre las revistas científicas de la época manejaban *The Economic Journal*, *Economica* y los *Papers and Proceedings de la American Economic Review*.

La Historia del Pensamiento Económico español contemporáneo ha tenido también un lugar destacado entre sus publicaciones. Su origen está en su propia tesis doctoral, dirigida por el profesor Torres Martínez y leída en 1956 en la

Universidad de Madrid ante un tribunal presidido por José Álvarez de Cienfuegos, del que formaron parte como vocales su director de tesis, Valentín Andrés Álvarez, José Castañeda y José Luis Sampedro. El tema de su tesis, que mereció premio extraordinario, estuvo centrado en la figura del economista y hacendista Antonio Flores de Lemus, hecho que no era ajeno a la labor que Juan Velarde realizaba en el Consejo Superior Bancario, donde pudo estudiar el *Dictamen de la Comisión del Patrón Oro* de 1929. Elaborado por encargo del ministro de Hacienda José Calvo Sotelo, ese Dictamen fue redactado precisamente bajo la dirección de Flores de Lemus, para averiguar si España podía evitar la fuerte caída que estaba sufriendo en los últimos meses la cotización de la peseta mediante la implantación del patrón oro. Una de las críticas recibidas por Velarde durante el acto de defensa de su tesis doctoral, —según nos relató él mismo—, fue señalada por el profesor Castañeda, quien advirtió que el trabajo carecía de unas conclusiones finales. Otro detalle de interés respecto al tema de su tesis doctoral, fue su intención inicial de estudiar también a los economistas Francisco Bernis y Antonio Bermúdez Cañete, a quienes prestó atención en posteriores publicaciones. Porque como señaló Velarde en su libro *Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX* (1974): “Conviene al economista, a



veces, observar por quién va acompañado en sus investigaciones”. En esta misma línea de estudio cabe destacar, entre otros, el libro *Economistas españoles contemporáneos: primeros maestros* (1990) y sus colaboraciones en la obra dirigida por Fuentes Quintana en nueve volúmenes, *Economía y economistas españoles* (1999-2004).

La publicación de la tesis doctoral de Juan Velarde en 1961 por el Instituto de Estudios Políticos, titulada *Flores de Lemus ante la economía española*, puede considerarse el origen de sus investigaciones sobre nuestra economía, a las que ha prestado continua atención toda su vida. Con objeto de conocer a fondo los entresijos de su funcionamiento, Velarde impregnaba sus trabajos sobre economía española de una amplia dimensión histórica. La crítica del “modelo castizo” de la economía española por parte del joven Velarde se inició muy pronto, ya que dos años después de terminar la carrera, en 1949, se atrevió a polemizar con Pedro Gual Villalbí, catedrático de Política Económica y Legislación de la Universidad de Barcelona, sobre el libro de éste *Política de la Producción*, que había sido publicado en 1948. La crítica de Juan Velarde a esta obra apareció en la revista *De Economía*, y consistió en oponerse a la defensa del proteccionismo que Gual Villalbí realizaba en su obra. Estas fueron las palabras de Juan Velarde:

“Una característica constante del trabajo del profesor Gual es su defensa de un proteccionismo a ultranza, que le lleva a extremos tales como la afirmación (página 769) de que el nivel de vida de los españoles se elevaría con un aumento de su autarquía, que considera sin miedo puede llegar al 90 por 100 de nuestras necesidades”.

La réplica de Gual Villalbí no se hizo esperar y fue publicada en la misma revista, señalando que el profesor Velarde hacía comentarios de párrafos incompletos acusándole de ligereza en sus críticas. La polémica terminó con una nueva crítica de Juan Velarde a las observaciones realizadas por Gual Villalbí, en la que puntualizaba cada uno de los puntos de la réplica, con numerosas referencias a autores españoles y extranjeros.

En el ámbito de la economía española, cabe citar los siguientes libros de Juan Velarde: *Política Económica*, obra escrita con Enrique Fuentes Quintana como libro de texto para el sexto curso de Bachillerato, cuya primera edición fue publicada en 1959; *Política económica de la Dictadura* (1968), *Gibraltar y su campo: una economía deprimida* (1970); *Economía y Sociedad de la transición. Anotaciones en las libretillas. 17 de octubre 1976-17 de octubre 1977* (1978); *El tercer viraje de la Seguridad Social en España* (1990); *Los años en que no se escuchó a Casandra. O el fracaso de la expansión de 1985 a 1992* (1993); *Historia de un esfuerzo colectivo. Cómo España superó el pesi-*

*mismo y la pobreza* (dir., 2000); *Cien años de economía española* (2009); y *Lo que hay que hacer con urgencia* (2011).

Otra línea de trabajo por la que se conoce ampliamente a Juan Velarde ha sido su continua obra periodística, llevada a cabo a lo largo de 70 años desde que en febrero de 1953 empezó a dirigir en el diario *Arriba* la sección de Economía, promoviendo diversas campañas de prensa junto a otros miembros del denominado “grupo” de economistas recién licenciados, centradas en la necesaria apertura económica al exterior, la lucha contra los monopolios, o sus propuestas de una reforma tributaria para personalizar y aumentar la progresividad de los impuestos en España en aquellos años. Ello demuestra que Velarde no solo ha sido un voraz lector, sino que ha tenido una gran capacidad de trabajo y una facilidad para escribir inigualables. Y así lo había mostrado ya de forma precoz en Salas, su ciudad natal, donde había ejercido como cronista local de fútbol unos años antes de su llegada a Madrid en 1942. La labor periodística de Juan Velarde ha sido continua hasta su fallecimiento el 3 de febrero de 2023. Tras dejar *Arriba*, cuya colaboración mantuvo desde 1953 hasta que dejó de editarse en 1979, en el diario *Ya* publicó entre los años 1979 y 1986. Desde este último hasta 2020 colaboró en *ABC*, y en los últimos años escribió artículos para los diarios *Expansión*, la revista

*Época*, reseñas de libros y otros ensayos para *El Economista*, así como *El Debate* y *La Razón*. Concretamente, en este último periódico dejó preparados dos artículos antes de fallecer, que fueron publicados el 5 de febrero (“Fracasos y éxitos de la Escuela de Madrid de Economía”) y el 12 de febrero (“La energía, problema básico para España”).

Velarde ha formado parte destacada de la quinta generación de la llamada “Escuela de Madrid”, junto a otros reconocidos economistas, como fueron Gonzalo Arnaiz Vellando (1916-1990), Ángel Alcaide Inchausti (1918-1996), José Barea Tejeiro (1923-2014), Enrique Fuentes Quintana (1924-2007) y Manuel Varela Parache (1926-2011). Esa Escuela nace para oponerse al denominado por el propio Velarde “modelo castizo” de la economía española —iniciado en 1875—, que se caracterizaba fundamentalmente por un excesivo intervencionismo económico, así como la falta de competencia en los mercados de bienes, servicios y capitales debido a su alto grado de proteccionismo. Esta Escuela podemos considerar que se disuelve con la firma de los *Pactos de la Moncloa* de 1977, los cuales constituyeron uno de los principales triunfos de los economistas de esa quinta generación. Con esos *Pactos* lograron establecer una liberalización creciente de la economía española y la plena implantación de la economía de mercado. Como había

señalado G. Stigler en su libro *El economista como predicador y otros ensayos* (1987), la desaparición de una Escuela tiene lugar cuando sus miembros convencen a la mayoría de sus colegas y alcanzan con sus propuestas un gran consenso social, como fue el caso de los *Pactos de la Moncloa*.

No queremos terminar esta breve semblanza, sin hacer referencia al legado dejado por Juan Velarde en la Universidad de Sevilla, en la que fue nombrado Doctor Honoris Causa en 1997 con un discurso sobre “El control del gasto público español y un giro en el Tribunal de Cuentas”. La actividad académica que despliega Juan Velarde en la Universidad de Sevilla, tiene su origen en la labor desempeñada en la Universidad Hispanoamericana de La Rábida, de la que fue su último Rector, entre 1974 y 1977, ya que esa Universidad pasó a continuación a depender de la de Sevilla. Desde principios de los años 80, Juan Velarde impartió numerosas conferencias en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales y en el Máster en Economía Bancaria, invitado por Camilo Lebón Fernández, quien había sido nombrado por Velarde Vicerrector de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida. Los temas de sus intervenciones versaban fundamentalmente sobre la evolución de la economía española y sus problemas esenciales. En este sentido, cabe mencionar sus reflexiones sobre la

ética en los mercados financieros, como consecuencia de la crisis iniciada en 2008, o sobre Cataluña como problema económico para España. Su última intervención, en febrero de 2021, la ofreció *on line* a los estudiantes del Máster en Economía Bancaria. En ella trató sobre los riesgos económicos de la cuarta España, en la que hizo un recorrido histórico desde el descubrimiento de América hasta la incorporación de nuestro país a la Unión Monetaria Europea, señalando sus principales desafíos, entre ellos, los riesgos que ya apuntaba la excesiva deuda pública española, así como el problema en torno a la baja productividad de nuestro sistema productivo.

Para finalizar esta semblanza, nos es grato hacerlo con las palabras que le dirigió Enrique Fuentes Quintana en el libro homenaje con motivo de la jubilación del profesor Velarde. El espíritu joven de Juan Velarde, según Fuentes Quintana, está basado en cinco virtudes: su generosidad, su curiosidad, sus compromisos diarios, el riesgo asumido con sus opiniones frente a los problemas españoles y su “desbordante felicidad personal”. Los que hemos tenido la suerte de conocerlo y beneficiarnos de su magisterio académico, hemos sentido profundamente su pérdida, aunque su legado, afortunadamente, perdurará entre nosotros.



D. EMILIO DE DIEGO GARCÍA

*Juan Velarde el último humanista*





Mi relación intelectual, más ajustado sería decir mi admiración intelectual, en lo concerniente a Juan Velarde, nace y crece en el terreno del estudio de la Historia. Le oí decir, alguna vez, que llegó a ser economista forzado, en cierta medida, por las circunstancias. Afirmaba que sentía especial predilección por la Biología, la Historia y otros ámbitos del conocimiento, cuya expectativa de ejercicio profesional parecían más atractivos. Aunque su curiosidad y afán de aprender no tenían límites.

Supe del profesor Velarde a través de la lectura de varios de sus trabajos, cuya consulta resultaba, cuando menos, muy recomendable para un aprendiz de historiador, como era mi caso. Había escuchado algún comentario, marcado por el aprecio que le tenía mi maestro, Vicente Palacio, y le conocí personalmente a comienzos de la década de 1980, con motivo de un proyecto de estudios sobre la Comisión de Reformas Sociales, en relación con el centenario de su creación. Aquella iniciativa, que él dirigía, en la que íbamos a colaborar algunos miembros del Departamento de Historia Contemporánea, de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, pereció en el camino, pero ese pri-

mer contacto abrió la puerta a otros posteriores. Muchos y enriquecedores para mí, afirmados en una larga amistad y múltiples colaboraciones. Las líneas que siguen son un reconocimiento de su ejemplo y un testimonio de gratitud.

### **Sinonimia: *Juan Velarde/Sapere aude***

Hace más tiempo del que me parecía, tuve ocasión de publicar un *liber amicorum* de Juan Velarde. Lo titulé La búsqueda del saber. Era éste uno de los rasgos que mejor definieron su vida y su obra; el afán de impulsar permanentemente el estudio y el aprendizaje, propio y ajeno, imprescindible para luchar contra los obstáculos que dificultan nuestra capacidad de comprensión; de nosotros mismos; de los demás y del mundo que nos rodea. Corría por entonces el año 2007 y las páginas de ese libro eran y siguen siendo un especial testimonio de afecto, un sincero homenaje en fecha importante de su biografía. Ha habido otras muchas publicaciones, antes y después, en reconocimiento a la labor de tan destacado intelectual, universitario y académico señero. Artículos, libros monográficos, entre otros el de Mikel Buesa y Thomas Baumert: Juan Velarde: *Testigo del gran cambio* (2016). Así como capítulos y notas, en diferentes trabajos, recogiendo múltiples aspectos humanos y científicos

del personaje que ahora recordamos. Valiosos todos ellos, sin duda.

Sin embargo vuelvo al libro que compusimos amigos, exalumnos, discípulos, colaboradores, compañeros, ... que constituye un retrato impresionista, e impresionante, realizado por más de cuarenta autores. Todos con el denominador común de haber compartido con Juan Velarde tiempos y espacios en múltiples experiencias, en distintas etapas de su vida, y en materias también diversas. Esta circunstancia permitió compendiar una visión múltiple de todas, o casi todas, las facetas perceptibles de su multiforme personalidad. Economistas e historiadores (profesores de Universidad, los más), escritores, empresarios, teólogos, políticos, de variada procedencia geográfica: españoles, portugueses, hispanoamericanos, ... etc.; constituyen el catálogo de autores de un mosaico que recoge múltiples apreciaciones sobre el profesor Velarde. Al paso de los algo más de tres lustros transcurridos desde su publicación, Juan ha podido volver a reunirse, esta vez para siempre, con más de la mitad de esos amigos. Espero que reencontrados en la otra vida, podrán rememorar con agrado la efemérides del octogésimo cumpleaños de Juan, que nos llevó a todos a colaborar en “el libro de amigos”.

## Siempre en la brecha

Junto a su larga singladura por la Universidad Pública, reglada por pautas “oficiales”, en las que el profesor Velarde procuró aplicar siempre su filosofía del conocimiento, podemos encontrarle en un “mundo” académico, más libre y personal. En este itinerario de su trabajo, como expresión de compromiso social, en el fomento del saber, aparecen sobre todo, tres estaciones importantes: la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida; la Universidad “Marqués de Santillana” y aquella especie de chalé suizo que fue La Granda, primero como sede de la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos y luego como Asociación de “Cursos de La Granda”. Espacios marcados por la propuesta “velardiana” de considerar el saber como valor humano superior, y la obligación de potenciar su búsqueda, mediante un particular “estilo de aprender”. Un propósito que llegó a su culminación en este rincón mágico, entre Avilés y Gozón.

El magisterio del profesor Velarde reunía muchas de las cualidades de Orígenes, por no decir todas; o sea estar en posesión de un conocimiento enciclopédico, que abarcara todos los campos de la cultura. No sólo la economía y sus disciplinas auxiliares, más o menos específicas, sino también la geografía, la historia, la filosofía, la literatura, la música y otras múltiples manifes-

taciones artísticas. Así como la física, la astronomía, la zoología, la agricultura, la mineralogía, ... etc., y, en muy destacado lugar, un dominio superior del lenguaje, bien sea técnico, específico o genérico, denotativo o connotativo.

Tengo la sensación de que si no el último, era uno de los últimos humanistas. Una especie en vías de extinción a la cual, con muchos más motivos que a otras, habría que dispensar especial protección. Juan fue un permanente aficionado al saber (un *amateur*), con tanta o más pasión que la de los más enfervorecidos defensores de cualquier causa deportiva, taurina o político partidista. Sólo de este modo podría llegar a la categoría de maestro, por encima del especialismo necesario, pero reduccionista en sí mismo. Por eso, sin ceder un ápice en su amor a la ciencia económica, laboró en todos los campos, para hacerla más inteligible y, por tanto, de mayor utilidad.

### **Juan Velarde y la Historia**

Además de la breve pincelada que acabo de trazar, he de resaltar algo más propiamente mío: la inquietud por la Historia, que compartimos durante los muchos años que abordamos tantas y tantas actividades. El profesor Velarde era, sin duda, un gran historiador, a mi modo de ver, por encima de cualquier otra de sus facetas intelec-

tuales, como lo he manifestado en muchas ocasiones. Lo era por el concepto de la necesidad universal de saber historia, que aflora esencialmente en la inmensa mayoría de sus trabajos. Flanqueando el eje de la evolución histórica de la economía, incorporaba múltiples espacios y tiempos, consustanciales a ella, cuyo conocimiento alimentaba su comprensión. Al fin y al cabo, la economía conjuga numerosos factores naturales y culturales, condicionantes de sus formas y cambios.

Hablar de Historia, bien a través de sus protagonistas individuales, actores del género biográfico; o colectivos, personales e institucionales, ocupó muchas de nuestras conversaciones. Así fui tratando con mayor o menor intensidad, a una larguísima serie de economistas, desde Adam Smith, Malthus, o D. Ricardo hasta Krugman, Nordhaus, Kremer, Milgrom, ... etc. pasando por Marx, Marshall, C. Menger, Keynes, Schumpeter, Kondratief, Von Stakelberg, Samuelson, Kuznets, Leontief, Myrdal, Von Mises, Hayek, M. Fridman, ...; aunque no siempre en este orden. Y, como no, Agnus Maddison, ese observador de larga distancia, espacio temporal, de la historia económica mundial, algunos de cuyos datos podían resultar “sorprendentes” en ciertos casos.

Junto a ellos, los nuestros: Normante y Carcavi-  
lla, Rodríguez Campomanes, Jovellanos, V. de Foronda, López Peñalver, Flórez Estrada, Jaume-  
andreu, Figuerola, ..., Zumalacárregui, Olariaga, y

otros tantos de sus maestros, Flores de Lemus, Bernis, V. Andrés Álvarez, Larraz, Carande, ... y muchos más de la segunda mitad del siglo XX: Alcaide, Arnáiz Vellando, Sardá, Fuentes Quintana, Ullastres, ... ; hasta la actualidad. Entre estos últimos figuran, ayer y hoy, un buen número de miembros de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Personajes y su entorno, en el marco de la historia política e institucional de los siglos XVIII, XIX, XX y las dos primeras décadas del presente. Hablar de Jovellanos, por ejemplo, nos llevaba inevitablemente a alguna reflexión sobre la Ilustración en España, o el gran impacto que acarrearón la invasión napoleónica o la huella de la llamada Guerra de la Independencia. Y, como no, la obra de Cádiz, a partir de la cual alumbró la dialéctica revolución vs contrarrevolución, en cuyo marco discurrió más de un siglo de enfrentamientos cainitas en nuestro país.

La independencia de la América hispana y la difícil implantación del estado nacional, centralista, unitario y liberal, jalonando nuestra revolución industrial, fueron otros tantos temas recurrentes. Así como la guerra loca de ese estado de “ortopedias” imprescindibles, contra los municipios, según denunció Costa. En fin, todos y cada uno de los problemas que señalaron las “arritmias” y el “casticismo” de nuestro devenir histórico en la “contemporaneidad”. Los parecidos y las diferencias con otras naciones del mundo occidental.



Muchas preguntas y no pocos intentos de encontrar algunas respuestas, aún parciales, fuimos repasando, con el objetivo siempre de pensar una España mejor. El profesor Velarde puso muchas veces el punto de mira en lo más significativo, aunque en ocasiones pareciera menor dentro de un proceso apasionante. Cerraré este apunte breve, con un par de notas de distinta naturaleza.

### **Entre Asturias y el Cielo**

En otro plano, más íntimo, Juan fue un trans-terrado en la doble dimensión humana: física y espiritual. Una peripecia bastante común, pero que acentuó sus sentimientos en busca constante del reencuentro con sus orígenes. Asturias, “paraíso natural”, como reza ahora el anuncio para la captación de turistas, y el Paraíso espiritual conjugaban sus anhelos permanentes. Afincado en Madrid, con apenas quince años, en cuanto cruzaba Pajares por la antigua carretera N-630, y más tarde los túneles de la A-62, no resultaba difícil percibir en él alguna nota de emoción especial. A veces los sentimientos llegaban a nublar sus ojos, aunque intentara disimularlo, cuando sonaba la gaita o asomaba alguna montera piconá; El otro camino de vuelta tenía por meta el Cielo, el regazo de Dios, y no abandonó nunca la ruta para retornar al Creador.

D. JUAN R. CUADRADO ROURA

*Juan Velarde. Un auténtico  
y excepcional maestro*



En septiembre de 1924 la revista *The Economic Journal* publicó un excelente artículo de John Maynard Keynes en honor de Alfred Marshall, que había fallecido el 13 de julio de ese mismo año<sup>1</sup>. Es un artículo que merece, sin duda, ser leído y releído. En primer lugar, porque aporta muchas ideas sobre las aportaciones de Marshall como economista. Pero, también, porque subraya las preocupaciones político-económicas de este gran economista y su forma de aproximarse a los hechos económicos y la realidad social. Son, indudablemente, sesenta páginas de gran contenido.

Pero, el interés de dicho artículo va mucho más allá de ser una *laudatio* a favor de Alfred Marshall, a quien J.M. Keynes conocía muy bien porque fue quien le incitó —junto con A.C. Pigou— a estudiar Economía tras haberse graduado en Matemáticas (2005) y estudiado Filosofía. El artículo incorpora reflexiones y sugerencias que son realmente interesantes sobre cómo abordar los hechos económicos y la necesidad de reconocer los límites de cualquier enfoque estrictamente económico.

---

<sup>1</sup> KEYNES, J.M. (1924). *The Economic Journal*, vol. 34, n. 125, Sept., pp. 311-372.

El profesor Juan Velarde Fuertes, que nos dejó el pasado 3 de febrero y que Dios guarde, mostró en numerosas ocasiones su admiración por Alfred Marshall y sus aportaciones sobre un amplio espectro de temas económicos. Lo comprobé en las numerosas conversaciones que mantuve con él durante la preparación de mi tesis doctoral, de la que fue director a sugerencia del Prof. Fuentes Quintana. En varias oportunidades me aconsejó consultar las obras de Marshall, en especial los aspectos dedicados al desarrollo industrial y a las relaciones entre empresas manufactureras, que el profesor Velarde Fuertes calificaba siempre como extraordinariamente innovadoras.

Pues bien, en los comentarios sobre el profesor A. Marshall y su trayectoria vital y profesional, J.M. Keynes incorpora algunas reflexiones que son realmente originales. Entre ellas, un comentario sobre las exigencias de un buen economista (o.c., pp. 321 y 322) que estimo interesante traer a colación al escribir esta breve nota sobre el Prof. Juan Velarde, su obra y su admirable trayectoria.

En concreto, y en relación con el estudio de los problemas económicos, Keynes subraya que (aparentemente)<sup>2</sup> “el estudio de Economía no

---

<sup>2</sup> La traducción de los textos que se citan no es literal, aunque he procurado respetar el sentido del texto original.

parece requerir ningún don especial o de carácter inusualmente elevado. Sin embargo, desde el punto de vista intelectual —sugiere Keynes— ¿no es una materia muy fácil, comparada con las más elevadas ramas de la filosofía o de las ciencias puras? De hecho, los buenos, o al menos competentes economistas constituyen una rara ave. Es una materia (aparentemente) fácil, pero en la que muy pocos sobresalen”.

Juan Velarde ha sido y seguirá siendo, sin duda, uno de esos economistas que sobresalen del resto. Ha sido un economista de los que dejan huella y que, sobre todo, abren un gran surco. ¿Razones? Por los numerosos temas que ha abordado en sus trabajos y publicaciones. Por la extrema curiosidad que siempre acompañó la búsqueda de explicaciones a los problemas de su entorno. Por su admirable capacidad de trabajo. Y sin duda, también, por su formación y su esfuerzo tenaz para estar al día.

En el artículo que he citado J. M. Keynes subraya, precisamente, la paradoja entre la falta de cualidades excepcionales que demanda la profesión y la dificultad que implica ser considerado como *'master-economist'*. Según él, la clave radica en “la rara combinación de conocimientos” que un buen economista debe tener para serlo y destacar por encima del resto. “Debe alcanzar un alto nivel en varias direcciones y debe combinar talentos que infrecuentemente se

encuentran juntos. Debe ser en alguna medida matemático, historiador, estadista y filósofo... Debe estudiar el presente a la luz del pasado para abordar los propósitos del futuro. Nada de la naturaleza humana o de sus instituciones debe quedar enteramente fuera de su toma en consideración. En su comportamiento debe ser, al mismo tiempo, decidido y desinteresado; tan distante e incorruptible como un artista; y, algunas veces, tan cerca de la tierra (de la realidad) como un político”.

La trayectoria, los escritos y el enfoque con que el profesor Velarde encaró sus trabajos se aproxima enormemente a las elevadas exigencias que Keynes señaló para poder destacar como *‘master-economist’*, y creo que Juan Velarde alcanzó hace mucho tiempo dicha calificación. En primer lugar, por los temas abordados y analizados por él, que abarcan un amplísimo espectro. Y, en segundo lugar, porque su enfoque de cualquier análisis se basaba en un buen conocimiento de los antecedentes históricos, de los fundamentos del análisis económico, la estadística, las instituciones y sus problemas, así como los comportamientos y reacciones sociales, que siempre forman parte de los procesos económicos<sup>3</sup>.

La economía española fue —sin duda— el tema dominante de la mayor parte de sus publicacio-

---

<sup>3</sup> KEYNES, J.M. (1924), *o. cit.*, p. 372.

nes. El estudio de los monopolios, los problemas agrarios, el papel de las manufacturas en el desarrollo nacional, la productividad, el papel del Estado, el comercio exterior y la amplia temática de su liberalización tuvieron siempre como *leit motiv* el presente y el futuro del país. Pero, sus exploraciones han abarcado otros muchos temas sobre los que realizó aportaciones muy originales, como el rescate de las ideas de algunos economistas españoles olvidados; el singular estudio del nacionalsindicalismo, sus raíces y su aportación; la contribución de los dirigentes conservadores a la evolución de España; la política económica de la Dictadura; los aciertos de la Transición; o las consecuencias de la integración de España en la Unión Europea.

Uno de sus libros más interesantes fue, en mi opinión: *Cien años de economía española*<sup>4</sup>, publicado en 2009, en el que realiza un recorrido de la evolución de la economía española a lo largo del siglo XX y algo más. En sus propias palabras: «Desde que comencé a indagar el comportamiento del entramado económico español, comprendí que éste, en cada etapa, era el resultado de la acción de los diversos factores de la producción —dentro de un marco institucional que incluye la política económica,

---

<sup>4</sup> VELARDE FUERTES, J. (2009). *Cien años de economía española*. Ediciones Encuentro, Madrid.



naturalmente— sobre una economía preexistente»<sup>5</sup>.

Pero, es obligado mencionar también algunas de sus contribuciones particularmente destacables, como fue —sin duda— la investigación sobre las ideas y la influencia de Flores de Lemus en el desarrollo de las ideas y las políticas económicas en España, objeto de su tesis doctoral (publicada en 1961), así como un conjunto de trabajos sobre temas muy variados, pero siempre orientados a comprender mejor los problemas de la economía española. En esta línea es obligado citar, por ejemplo, su selección de lecturas de economía española (1969); el porqué de la decadencia económica de España en una determinada fase histórica (1969); su introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX (1974); su interpretación de la economía española como economía y sociedad de la transición (1978); o el libro que coordinó y tituló: “1900-2000. *Historia de un esfuerzo colectivo: Cómo España superó el pesimismo y la pobreza*” (2000), entre otros<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> De la introducción a la obra citada en la nota anterior.

<sup>6</sup> VELARDE FUERTES, J. (1961). *Flores de Lemus ante la economía española*. Instituto Est. Políticos, Madrid.

— (1969). *Lecturas de economía española*. Ed. Gredos, Madrid.

— (1969). *Sobre la decadencia económica de España*. Edit. Tecnos, Madrid.

A los numerosos libros publicados, de los que sólo he mencionado algunos, hay que sumar los artículos incluidos en numerosas revistas especializadas y sus colaboraciones en obras colectivas, cuya enumeración sería poco menos que inacabable. Sin olvidar, por supuesto, sus conferencias, cursos y seminarios, el relanzamiento de algunas revistas académicas, y sus constantes colaboraciones en la prensa, que él se había impuesto como tarea semanal. De hecho, dejó escrito y enviado un artículo de prensa que se publicó pocos días después de su inesperado fallecimiento.

Pero, con independencia de sus aportaciones científicas y de su labor de formación y divulgación en diversos medios, creo que es necesario subrayar dos principios que caracterizaron la rigurosa toma de posición de Velarde como economista.

- 
- (1974). *Introducción a la historia del pensamiento económico español en el siglo XX*. Editora Nacional, Madrid.
  - (1978). *Economía y sociedad de la transición*. Editora Nacional, Madrid.
  - (1990). *Economistas españoles contemporáneos*. Espasa-Calpe, Madrid.
  - (1996). *Los años perdidos: crítica sobre la política económica española de 1982 a 1995*. Edic. EILA, Madrid.
  - (2000). 1900-2000. *Historia de un esfuerzo colectivo: cómo España superó el pesimismo y la pobreza*. Editorial Planeta y Fundación BSCH, Madrid.

El primero de dichos principios fue la ‘obligación’ que tiene el economista de ‘denunciar’, que siempre consideró como una guía permanente y fundamental. El profesor Manuel de Torres, uno de los maestros más apreciados por Juan Velarde, había pronunciado hacía bastantes años una conferencia titulada “La misión intelectual del economista” en la que subrayaba la necesidad de que los economistas saquen a la luz y denuncien todas las irregularidades que los políticos puedan cometer, sus errores, la inoperancia de algunas medidas político-económicas adoptadas, el uso de los recursos públicos, etc. Conferencia que fue publicada, años más tarde en *Anales de Economía*, 1969<sup>7</sup>, a cuyo texto Juan Velarde se refería con frecuencia. De hecho, al comentar el papel que debe desempeñar cualquier economista, Velarde subrayaba siempre la obligación de ‘denunciar’, como reafirma, por ejemplo, en una entrevista realizada en 2008: “La primera misión del economista como intelectual es prepararse y tratar de acumular la mayor cantidad posible de conocimientos. Y, en segundo lugar, denunciar, porque (la Economía) es una

---

<sup>7</sup> El texto de la conferencia del profesor Manuel de Torres se publicó, efectivamente, bastantes años más tarde (en 1969) en la revista *Anales de Economía*, es decir, nueve años después de su fallecimiento. Ver: Manuel de Torres (1969). "Misión intelectual del economista"; *Anales de Economía*, 1-4, págs. 79-96.

ciencia social y se debe denunciar lo que esté funcionando mal en ese ámbito”<sup>8</sup>.

El segundo principio y rasgo fundamental de Juan Velarde ha sido/fue siempre la ‘honradez’. Una honradez que refrendan todas sus aportaciones, donde siempre manifestó cuál era su posicionamiento frente a determinados hechos y políticas, con independencia de que fuese o no conveniente hacerlo. Honradez y ética han estado siempre presentes también en sus trabajos; por ejemplo, en la adecuada referencia a las fuentes utilizadas y en las correspondientes citas; en la utilización de fuentes de primera mano, lo que le incitó a releer textos originales casi perdidos, o recurrir a revistas y periódicos de cada época con una tenacidad envidiable; en la comprobación de los datos utilizados; etc. Una honradez que guió, asimismo, su comportamiento personal y profesional. En toda su trayectoria personal hay sobrados ejemplos de honestidad, tanto en el desarrollo de su vida académica, como en el desempeño de algunos cargos importantes o en el ejercicio de sus obligaciones como

---

<sup>8</sup> Referencia tomada, aunque no de forma textual, de la entrevista que M. Buesa y T. Baumert realizaron a Juan Velarde. Incluida en el libro: *La hora de los economistas. Entrevistas a cuarenta economistas que han contribuido a la modernización de la economía española*, coordinado por L. Perdigones de Blas y T. Baumert; Ecobook Edit., Madrid 2010.

funcionario. Me consta personalmente, porque él me lo comentó con gran naturalidad, pero con orgullo, que tomó algunas decisiones que suponían renunciar o, mejor aún, no aceptar algunas buenas ofertas en el ámbito empresarial y en el político. Y siempre añadía: “es una cuestión de principios”.

Aunque hubo algunas etapas en que mis contactos con Juan Velarde fueron menos frecuentes, generalmente por razones geográficas, como ocurrió en los algo más de ocho años que fui catedrático de la Universidad de Málaga, siempre mantuve con él una relación de amistad, admiración y colaboración. Él siempre me obsequió con su aprecio y recabó mi contribución en diversas publicaciones y números monográficos de revistas en las que me invitó a participar.

Hay un rasgo de su carácter que desearía subrayar en esta breve nota: el calor humano que caracterizaba siempre su reacción con motivo de cualquier encuentro. No sólo conmigo, por supuesto, sino con todos los que acudían a él buscando su consejo o su criterio, ya fuera académico, científico o personal. A ello hay que sumar, también, otro rasgo personal: su jovialidad y sentido del humor. Recuerdo muy bien algunos detalles de sus intervenciones en la excelente tertulia que se desarrolló tras un almuerzo que tuvo lugar en un pequeño restaurant de Carril (Galicia). Estaban allí profesores tan relevantes como E. Fuentes Quintana, L. Angel Rojo, Juan Velarde, Carlos

Otero Díaz, decano de la todavía reciente Facultad de CC. Económicas y Empresariales de la Universidad de Santiago, y creo que alguna persona más, a la que fui invitado como joven profesor y doctorando próximo a defender su tesis. La razón de que todos ellos coincidieran allí fue la celebración de unas conferencias que se habían organizado en Santiago a principios del curso 1969-70. Los temas que se abordaron en la prolongada tertulia que siguió al almuerzo fueron muy variados. No todos serios, ni académicos, por supuesto, aunque sí recuerdo que se habló de la situación y evolución de la economía española, de Europa, y de algunos ministros con sus limitaciones y errores. Sin duda fue para mí una experiencia que nunca olvidé. Entre otras cosas, porque me permitió conocer algunas cuestiones que ignoraba y anotar un buen número de sugerencias. Pero, hubo dos hechos que me llamaron especialmente la atención en el caso del profesor Juan Velarde. En primer lugar, su gran memoria, que le permitía aportar fechas, citas y datos precisos ante cualquier posible duda, algo que ya había comprobado personalmente con anterioridad y que continuó siendo siempre una de sus grandes virtudes. Y, por otra parte, su jovialidad, en contraste con la contención y la seriedad de Fuentes Quintana y de L. A. Rojo. Juan Velarde no sólo era un gran conversador, sino que casi siempre sabía traer a colación anécdotas y chas-

carrillos que ilustraban lo que se estaba hablando y que no sólo resultaban oportunas, sino en bastantes casos hilarantes.

Gracias, Juan, por tu magisterio, por tu buen hacer y por tu generosa y permanente actitud de ayudar.



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES  
Y POLÍTICAS



FUNDACIÓN  
RAMÓN ARECES